

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARIA GOMAR.

TOMO IV. — NUMERO 9.

## SUMARIO:

- I El Trabajo, por Eusebio Bracamonte — II. Carlos Gil, por F. A. Gamboa — III. El Gorrion (poesia), por J. Antonio Solórzano — IV. Carlos Fourier, por Victor M. Jerez — V. La embriaguez y los falsos amigos, por José María Gomar — VI. Al partir (poesia), por M. J. Cabrera — VII. El que aprende hoy, por Alonso Reyes G. — VIII. Rima, por J. Antonio Solórzano — IX. Recuerdos, por Rafael E. Chaves — X. Plumadas, por Indalecio Zelaya — XI. Un Soneto (poesia), por José María Gomar — XII. Niñerías, por Alberto Masferrer — XIII. Notas — XIV. Miscelánea.

Administración: Calle de la Independencia núm. 61.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL. CALLE DE HIDALGO.

Diciembre de 1892.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Abraham Chavarria.
1 <sup>er</sup> Vocal	"	Francisco Martínez Suárez,
2 <sup>o</sup>	"	Alberto Masferrer.
Fiscal	"	Víctor M. Jerez.
Tesorero	"	Adrián García.
1 <sup>er</sup> Secretario	"	Juan Gomar.
2 <sup>o</sup>	"	Doroteo Fonseca.

## SOCIO HONORARIO

Doctor don Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Br. D.	Fermín Bayona.	Br. D.	José María Gomar.
" "	Nazario Salaverría.	" "	J. Antonio Solórzano.
Dr. "	Francisco Espinal.	Br. "	Eusebio Bracamonte.
" "	Lisandro Blandón.	" "	Alonso Reyes G.
" "	Rafael E. Chaves.	" "	Indalecio Zelaya.
" "	Luis López.		

## SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Srita.	Amalia Puga.
Srita.	Antonia Galindo	"	Josefa Carrasco.
Doña	Luz Arrué de Miranda.	"	María Guadalupe Reyes.
Srita.	Lucila Gamero Moncada.	Dr.	Rubén Rivera.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	"	Abraham Rivera.
" "	Manuel Diéguez.	"	Ramón Rosa.
" "	Carlos A. Imendia.	"	Antonio Batres Jáuregui.
" "	Joaquín María Pérez.	"	Esteban C. Roque.
" "	Ismael Cerna.	Br.	Juan J. Lafinez.
" "	Anselmo Valdés.	"	Antonio Macías.
" "	Désirè Pector.	Dr.	Simeón Eduardo.
" "	Joaquín B. Calvo.	"	David A. Payés.
" "	Salvador Flamenco.	"	Ramón P. Molina
" "	Enrique Guzmán y Valle.	"	Horacio Rómulo Jarquín.
" "	Carlos G. Amézaga.	"	Carlos Dárdano.
" "	Ricardo Rossel.	"	Francisco A. Reyes.
" "	Manuel Moncloa y Covarrubias.	"	Baltasar Parada.
" "	Justo Zaragoza.	Br.	Adolfo Castro.
" "	Carlos Gagini.	Dr.	Jesús Díaz de León.
" "	Marcelino Jaramillo Ortiz.	"	Ezio Monjiardino.
Dr.	Lucio Alvarenga.	"	Julián del Casal.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Abraham Chavarria,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

**TOMO IV** |

SAN SALVADOR, DICIEMBRE DE 1892.

| **NUM. 9.**

## EL TRABAJO.

El trabajo es elemento indispensable de toda producción, medio para satisfacer las necesidades humanas, ya sean las más imperiosas, como las físicas, que tienen por objeto la conservación del individuo, ya las espirituales, que se dirigen al cultivo de la inteligencia, de la imaginación y de la sensibilidad, y que pertenecen á un orden mas elevado; es fuente segura de bienestar; ley, en fin, impuesta al hombre para su perfeccionamiento.

El trabajo no es considerado ya como una maldición que agobia á la humana especie. Las preocupaciones antiguas, de las que participaban aun los hombres sabios, han cedido el paso á la verdad que, siempre triunfante, va dirigiendo á la humanidad en la realización de sus altos destinos. Hoy no degrada al hombre, ni le infama, el

ejercicio de su actividad libre, por bajos que sean los objetos en que la ejerza: todo trabajo lleva el sello de la honradez.

Los hermosos campos cultivados, con sus cuadros de diversos colores, que semejan rica y vistosa alfombra; el ruido de los talleres; el alegre bullicio de los lugares donde se efectúan las transacciones; los centros donde se rinde culto á las ciencias ó á las nobles artes, todo eso indica el ejercicio de la actividad humana, en esferas más ó menos altas. Y el sabio que medita sobre algún difícil problema de la ciencia, como el labriego que se ocupa en ruda faena; el astrónomo, que vive más en otros mundos que en el nuestro, como el minero que, más positivista que aquel, penetra en las entrañas de la tierra para arrancarle sus tesoros; el artista que seduce nuestra alma con sus bellas obras, como el artesano que fabrica los

objetos que nos sirven diariamente, todos cumplen una misma ley moral: la del trabajo.

El trabajo se ejerce sobre todos los objetos del mundo físico y del mundo incorpóreo; es, según bellamente lo ha definido un economista, "la acción del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia." Los trabajos más nobles son aquellos en que más intervienen las facultades intelectuales ó morales del hombre; los que más bajo puesto ocupan en la escala económica, son aquellos en que más interviene la fuerza muscular. El trabajo intelectual es la cabeza que medita, el "cerebro en actividad;" el trabajo moral, la imaginación que crea y el corazón que siente; el trabajo físico, el brazo que ejecuta. Hay, pues, una relación mutua entre los diversos trabajos, y aunque unos sean más meritorios que otros, todos son necesarios para el perfeccionamiento del hombre,

Tan grande es sin embargo, la influencia de los primeros en los destinos humanos, que los sabios y los artistas, los más nobles trabajadores, van coronados al sepulcro, donde siempre crecen sus laureles; las generaciones todas repiten con veneración y amor sus nombres esclarecidos, y sus obras, que los siglos que pasan van dejando á los siglos que vienen, como valioso legado, se encargan de hacerlos vivir mucho tiempo después que su ser material ha desaparecido en brazos de la muerte.

En comprobación de lo dicho,

podría referirme á los maestros de la humanidad, á los grandes hombres de Grecia y Roma, las dos naciones antiguas que echaron los cimientos de la civilización moderna.

"La gloria de la Grecia—dice M. Víctor Boreau—ha iluminado al mundo como un sol. Cuando el sol desaparece detrás del horizonte, sus rayos permanecen todavía algún tiempo en la copa de los árboles, en la cima de las colinas, en la superficie de las nubes: muchos siglos han transcurrido desde que la Grecia se ha acostado en la tumba de las naciones, y sus luces brillan todavía sobre el género humano, al cual sirvió de escuela y que le debe su civilización."

Otro tanto pudiera decirse de Roma, que, señora del orbe un día, y destruido desde hace siglos su inmenso poder material, todavía gobierna al mundo con sus sabias leyes, que han servido de base á las legislaciones de los pueblos modernos, realizándose de esta suerte, como dice un autor respetable, la famosa profecía que anunciaba á los romanos la eterna duración de su imperio.

Todavía resuenan en el espacio las notas de los himnos cantados en honor de Cristóbal Colón, en el cuarto centenario del descubrimiento de América; y la gran exposición industrial, la síntesis más completa del trabajo humano, preparada por el pueblo-rey de la Edad Moderna; ese grandioso concurso donde estarán representadas todas las

naciones del globo, será el homenaje de admiración universal que éstas, congregadas, rindan al genio de un hombre que se ha convertido casi en un dios.

Y no importa que esos grandes hombres no hayan sido comprendidos por sus contemporáneos; no importa que hayan arrastrado aquí en la tierra existencia de mendigo; no importa que hayan sido víctimas de la ignorancia, de la envidia, de la calumnia y de todos los vicios que casi siempre se ensañan contra los hombres superiores; no importa que haya habido cicuta para Sócrates, cruz para Cristo y cadenas para Colón; el genio, que es nuncio de Dios, no muere; al genio, espíritu divino, no se le encadena: esos hombres que con la poderosa luz de su inteligencia han alumbrado al mundo, tienen que gozar de vida perdurable; su gloria crece con los siglos.

Es tal, pues, la excelencia del trabajo espiritual que, á la vez que con él se obtiene renombre imperecedero, se contribuye de una manera poderosa al perfeccionamiento de los hombres, á la prosperidad de los pueblos, al bien general de la humanidad.

El progreso, en todas sus manifestaciones, obra es, principalmente, del trabajo intelectual. Lo ha demostrado un maestro colombiano, don Enrique Cortés, con la tesis siguiente, que desarrolló en magnífico discurso:

“Todo progreso material ó externo de los hombres y de los

pueblos, tiene por única causa el progreso espiritual ó interno: en otras palabras: nada hay en el mundo exterior, ó de las obras, que no haya estado de antemano preparado en el mundo interior, ó de los pensamientos. Y luego, los pueblos y los hombres progresan irresistiblemente, por un procedimiento de refinamiento y de adelanto internos, ó en la parte espiritual de la constitución.”

La ley del trabajo no es fatal: puede el hombre dejar de cumplirla; pero entonces queda sujeto á la sanción de la misma: no podrá atender ni á la satisfacción de sus más apremiantes necesidades; los vicios lo convertirán en un sér despreciable; de un paso puede rodar al abismo del crimen; morirá en la miseria, y tal vez con ignominia. Por el contrario, el hombre laborioso, por humilde que sea el trabajo en que se ocupa, asegura el sustento propio y el de la familia, está siempre inclinado al bien y baja á la tumba con la satisfacción del deber cumplido, dejando á sus hijos, sino un nombre ilustre, un nombre honrado, para todos respetable.

Para los hombres amantes de la ciencia, que consagran á ella sus desvelos; para los enamorados del arte, que á él rinden fervoroso culto, abierto está el templo de la inmortalidad: la gloria es para los que lleguen á ese augustó santuario.

EUSEBIO BRACAMONTE.

## CARLOS GIL.

(Véase la página 229 del N.º anterior.)

### VI

Un joven Angulo, cuyo nombre de pila no recuerdo, nos dijo la misma tarde del día en que llegamos á Poblazón: "Vámonos con los calicanteños. Esos sí son hombres. Con ellos está el coronel Urrutia, que no se anda con paños tibios. Yo he estado allá desde el principio: hoy vine aquí á curiosear y á reírme de estos "héroes."

Y nos fuimos con Angulo. Éste nos contó en el trayecto lo que podría llamarse "la verdad de la historia."

En Popayán se creía que quienes intentaban echarse sobre la ciudad eran los "blancos;" es decir, los doctores, estudiantes, artesanos, etc., que se habían ido á la montaña, donde todos pensaban que existía un cuartel general en toda regla, cuyo jefe habría de ser el tan cacareado general Sánchez. La verdad era que sólo los calicanteños y algunos estudiantes eran los que tenían en jaque, hacía más de un mes, á las fuerzas gobiernistas, que no se atrevían á penetrar en la montaña porque creían que tras cada árbol estaba emboscado un guerrillero.

Ese miedo no dejaba de ser fundado, por otra parte: los calicanteños se multiplicaban, y cada tiro suyo equivalía, por lo menos, á un muerto del enemigo. Además, los del gobierno no sabían con qué tanta gente se batían: sólo oían los tiros, veían el humo y los muertos y heridos—compañeros suyos—que iban quedando fuera de combate. Y como temían una estratagema, no osaban internarse ni poco ni mucho en la montaña.

Los bravos guerreadores nos re-

cibieron con júbilo: todos nos eran conocidos. Hubo tragos de aguardiente, rapadura, cigarros. Esa noche fuimos á la casucha de un indio, en donde había depositados unos diez rifles, con algo de pertrechos: siete cápsulas para cada tirador.

Ya quedábamos listos para "entrar en harina," como decían nuestros amigos.

Al día siguiente, á eso de las diez de la mañana, vimos que unos ochenta ó cien hombres del gobierno descendían á pasar un arroyo (El Roble). Nosotros estábamos en la altura opuesta: los dominábamos por completo, y ellos ni siquiera podían vernos. Más aún: ni siquiera sospechaban nuestra presencia. Era ese un lugar por donde nunca habían tropezado con los de la montaña. Si no hubiéramos visto que iban bien armados, y con aire de exploradores, habríamos pensado que iban de paseo.

—"Dejémoslos que acaben de bajar. No tendrán más remedio que volver á subir por donde han venido, ó echársenos encima. La cuenta es clara."

Así dijo el capitán Alegría, de los veteranos del 60 y del 76.

Veíamoslos bajar la cuesta poco á poco. Parecíanme ovejas que van al matadero sin saberlo. Nuestros compañeros preparaban sus armas y se sonreían.

"¡Esto es un asesinato!", exclamó Carlos Gil en tono de protesta, y disparó un tiro al aire, para avisar á los otros que tenían enemigo al frente.

Los calicanteños lanzaron un juramento unísono, y miraron á Carlos Gil de un modo siniestro. Gil se excusó diciendo que se le había ido el tiro.

Mientras tanto, y apenas sonó el tiro de Gil, los calicanteños hicieron una descarga, cuyos ecos se fueron repercutiendo de altura en

altura. Tras la descarga siguieron tiros y más tiros. En la cuesta del frente, por donde bajaban los del gobierno, se veían hombres tendidos en tierra y se oían gritos: eran los muertos y los heridos, los unos inmóviles, los otros procurado incorporarse.

Ante una sorpresa semejante, la gente se desbandó atónita; pero como no les quedaba más que la vía obligada que serpenteaba cuesta arriba, al emprender la fuga quedaban bajo los fuegos nuestros. Porque ya nosotros—los cinco estudiantes—también disparábamos.

Poco á poco fuimos descendiendo, para subir luego por la misma senda que habían tomado los fugitivos, no siu que dejáramos apostado un espía que nos indicara algún peligro: la seña convenida para esto era la de hacer un disparo.

Bajábamos. Llegamos al arroyo. Empezámos á subir la falda de la altura opuesta. Lo primero con que tropezamos fue con un hermoso caballo blanco, que tenía un balazo en la frente. Estaba tendido cabeza abajo en la falda de la colina: parecía que durmiera con los ojos abiertos; el jinete lo había abandonado sin quitarle ninguno de los aperos. Nuestros camaradas le quitaron lo que podía serles de alguna utilidad, que fue muy poco. Después, muertos y heridos. Era aquello un estremo lúgubre. Nos dispusimos para llevar con nosotros á los heridos y enterrar á los muertos. Algunos bajamos al arroyo, á llevar agua para los primeros.

De pronto oímos un disparo: era la seña convenida: había peligro.

Precipitadamente emprendimos el regreso,—y bien pronto sentimos cómo pasaban silbando las balas, que rompían las ramas de los árboles. Nos habíamos metido á la montaña espesa, de modo que no pudiéramos ser vistos; pero el enemigo

calculaba nuestra dirección y no cesaba en un nutrido tiroteo.

Bien se veía que no tenían contados los tiros.

Cuando llegamos á la altura—nuestro primitivo puesto—entonces nos apercebimos para la resistencia. Los contrarios venían muy cautelosamente; no avanzaban de la altura que ocupaban; temían descender. Nosotros esperábamos, sin disparar.

¡Teníamos tan pocas balas!

Los nuestros, cansados de esperar, comenzaron á hacer fuego “graneado.” Los otros se ocultaron en el bosque, y, á su turno, nos devolvían disparo por disparo.

El coronel Urrutia dispuso que veinte de nosotros nos fuéramos á situar de modo que el enemigo recibiera nuestros fuegos por su flanco izquierdo, y que otros veinte hombres se colocaran de modo que dominaran el flanco derecho.

Así se hizo. Los contrarios, al recibir una descarga por tres direcciones distintas, creyeron, sin duda, que estaban rodeados, y se retiraron.

Esta vacilación se explica fácilmente: no sabían ellos todavía que éramos unos pocos y que andábamos escasos de pertrechos. Así es que creían batirse con centenares ó con miles de enemigos, que no los atacaban en toda forma, ni les perseguían, para atraerlos y tenderles después un lazo.

Bien pronto habrían de saber cuántos éramos y en qué condiciones nos hallábamos.

La hora de nuestro desastre se acercaba.

F. A. GAMBOA.

EL GORRIÓN.

(PENSAMIENTO DE TOURGUENEFF.)

Era la hora del crepúsculo. Agitábanse, por el viento impulsados, los olivos,

y las aves volaban silenciosas  
en busca de sus nidos.

Volvía, fatigado, de la caza,  
y sentéme á la orilla del camino  
á descansar con mi Tesoro noble,  
mi perro tan querido.

Absorto contemplaba yo los cielos,  
en mar de pensamientos sumergido,  
mirando cómo asoman las estrellas  
en el azul purísimo,

Cuando de pronto un ventarrón agita,  
furibundo, los árboles vecinos,  
y del más alto, como piedra, cae  
un pobre gorrioncillo.

El perro corre y olfateando llega  
á do se halla el implume pichoncito,  
mas de súbito arrójase la madre,  
furiosa, desde el nido.

Y, extendiendo las alas, se coloca  
cubriendo al indefenso pajarillo:  
el perro la contempla breve rato,  
y aléjase del sitio.

¡Oh! qué ejemplo, pensé, para esas madres  
que abandonan, ingratas, á sus hijos!  
¡qué lección de nobleza, á ciertos hombres  
da mi perro querido!

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

Nº San Salvador —1892.

## CARLOS FOURIER.

### IV

El célebre discípulo de d'Alembert, Conde Henry de Saint-Simon, deseando que la sociedad se organizara en condiciones más favorables al desarrollo de los múltiples elementos de progreso, formuló el conocido sistema que lleva su nombre, y que en distintas ocasiones ha servido de estandarte á los enemigos del actual régimen social, que, ciegos como son casi siempre los que se afilian á un orden de

conocimientos, más por la pasión que por la idea, desconocen las ventajas de las doctrinas sustentadas por sus contrarios y se cuidan poco ó nada, de las calamidades que traería de seguro, la implantación de lo que estiman por sistema perfecto, y que no es más que una utopía, tan irrealizable como peligrosa.

Saint-Simon imaginó un sistema, que principió por combatir ciertos elementos religiosos y modificarlas en el sentido, que, antes de oponerse á sus pretensiones, las favorecieran admirablemente. Conoció el eminente reformador cuánto influiría en las masas la difusión de una doctrina, que, bajo un aspecto de severa religiosidad, se hiciera agradable por los principios que sustentara. Su afamada obra el *Nuevo Cristianismo*, es la exposición del sistema que tanta alarma ha producido. Su autor todo lo organiza y lo arregla, y desde los más pequeños detalles hasta las operaciones más complicadas y difíciles, aquel espíritu de superiores energías lo abarca todo, y quiere que concurra de una manera activa al logro de sus deseos.

La reforma religiosa, es el punto á donde se encaminan los mejores y más eficaces esfuerzos de la escuela de Saint-Simon: de tal manera arregla su ideal religioso, que caben en la comunidad que forma aun los más opuestos sectarios, quizá tendiendo á una fusión de suyo imposible. También es digno de notarse, que para lograr el mayor número de adeptos en las clases obreras, hace el elogio más cumplido del trabajo, y reconoce la superioridad que en el arreglo social debe corresponder á los obreros. Tendía así mismo á una asociación general del trabajo, creyendo que llegaría época en que desaparecerían los abusos cometidos en el trabajo, y lo que se ha llamado la explotación del hombre.

Los discípulos de Saint-Simon han modificado de un modo general el sistema que dejó el maestro, lo cual ha ocasionado no solo una profunda división entre los partidarios, sí que también ha sido una de las causas principales para que no se haya logrado implantarlo. Saint-Simon se dedicó durante un tiempo al comercio y ejerció esta profesión con suma actividad; pero el resultado de sus negocios no correspondió á las esperanzas que había concebido. Adquirió los seguros conocimientos que se obtienen en la lucha tenaz de la existencia, y esto le favoreció en extremo para dar á sus estudios el mayor crédito, á sus investigaciones la mayor seguridad y á sus constantes experiencias el mayor prestigio. Viajó por Alemania y por Suiza, asociándose en distintas ocasiones con sabios de general nombradía, é intentó las empresas más aventuradas en el deseo que tuvo siempre, de obtener toda suerte de ventajas para las clases pobres. En este sistema se desconocen afortunadamente las ridículas y necias preocupaciones de las clases, que anhelan la supremacía presentando las ejecutorias de la sangre; en él no se admiten más privilegios que con relación á los sabios, á los industriales y á los artistas, en resumen, á los productores.

Admitida la igualdad en el nacimiento, surgen las desigualdades en el desarrollo, originadas ya por las costumbres, la educación y las naturales aptitudes. Incuestionable es la ventaja de esta teoría, que principia por olvidar y desconocer las artificiales distinciones, introducidas por la vanidad y sostenidas en la mayor parte de las veces por intereses, que ya creados, difícilmente pueden dejar de ser tomados en cuenta. También el sistema en cuestión, dignifica el trabajo, reconociendo que por vir-

tud de la incesante labor humana, se ha verificado la regeneración del individuo en el recinto sagrado del taller, asilo á donde llega el náufrago en busca del reposo y del contento y donde por fortuna, residen la paz y la alegría.

La doctrina del sansimonismo, parece reconocer los buenos afectos del corazón y las tendencias del espíritu; pero cae en el inconveniente, difícil de salvarse, de atacar el derecho de propiedad, pues quiere convertirlo de individual en social, ó más bien dicho, quiere anular la propiedad; porque ésta quedará anulada cuando le falte el impulso poderoso del interés particular.

El arreglo social en este sistema, depende de un jefe en quien reside la totalidad del poder, y que las omnímodas facultades de que goza, como puede usarlas racionalmente en provecho de la colectividad, fomentando los comunes intereses, puede también abusar hasta el extremo de que la cosa pública, se resienta de disposiciones dictadas por la ignorancia ó por la malicia.

A la doctrina anteriormente expuesta, sucedió la tan alabada teoría de los falansterios, formulada y sostenida por el distinguido escritor francés Franciseo Carlos Fourier. Este gran economista, según los más autorizados biógrafos, nació en Besanzon el 7 de abril de 1772; era hijo de una familia de honrosos antecedentes y que se había dedicado al comercio de paños. La educación que recibió Fourier, fué para que continuara la tradición de laboriosidad que, junto con bienes de fortuna de consideración, le dejó su padre que falleció en 1781; y aunque estaba dedicado para el comercio, recibió los conocimientos literarios, que en aquel entonces se daban á la generalidad.

Hasta una edad ya avanzada, permaneció en la profesión que sus padres habían ejercido, y en que obtuvieron tanto éxito; dicha profesión le proporcionó la comodidad de viajar, ya por sus negocios, ya por instruirse así en el interior de Francia como por Alemania y Holanda. Espíritu inquieto, no podía avenirse á morir dentro de los estrechos horizontes de su país natal, buscó el medio de frecuentar otras sociedades, estudiar nuevas costumbres, para llegar así á la adquisición de ese conocimiento del mundo tan necesario para todos, y principalmente para los que tratan de establecer nuevos sistemas, ó quieren reformar los ya existentes.

Esas experiencias, adquiridas con el trato constante de individuos consagrados al trabajo, hicieron concebir á Fourier el intento de proponer mejores bases para el perfeccionamiento social. Llevado por sus ideales, se entregó á un aislamiento, que le facilitara sacar todo el provecho posible de sus continuados viajes y de sus profundos y dilatados estudios. El espíritu analizador de Fourier, domina por completo la variedad de su doctrina, y quizá á esto se deba la fama que lo ha rodeado y que á una voz le reconocen amigos y adversarios.

Muchas obras se han escrito sobre los falansterios y para popularizar su organización, se fundó un periódico que, con el título de *El Falansterio*, se publicó durante dos años.

Los partidarios de la escuela societaria tienen en abono, que quieren la aplicación de su teoría, esperando que la práctica la hará aun más recomendable; y es digno de aplaudirles que aspiren á generalizarlo por el medio civilizador del convencimiento.

La breve exposición de la escuela innovadora hará conocer la noble-

za de los sentimientos del célebre Fourier, por mucho que no haya obtenido la sociedad las imaginarias ventajas de los nuevos principios.

VICTOR M. JEREZ.

(Continuará.)

## LA EMBRIAGUEZ Y LOS FALSOS AMIGOS.

El funesto vicio de la bebida se propaga rápidamente en nuestra sociedad, á pesar de los muchos esfuerzos que el Gobierno y los municipios hacen para cortar de raíz ese mal tan asqueroso. Continuamente los hoteles y estancos son visitados, no sólo por los antiguos adoradores de Baco, sino también por jóvenes incautos que, deseando saborear los pasajeros goces de la orgía, caen como las moscas en el panal y hunden á sus familias en un abismo de calamidades.

A causa de ese vicio destructor, los vagos se multiplican; aumentan los crímenes, y con la perspectiva de un porvenir horrible, la sociedad se alarma justamente. El estudiante, en quien la patria cifraba sus esperanzas, abandona las aulas que le harían un hombre provechoso, y, víctima del alcoholismo, embrutece su inteligencia en los establecimientos públicos, de los que será echado vergonzosamente cuando ya no tenga un real en el bolsillo para contribuir al sostenimiento de esos terribles focos de inmoralidad y ruina. El empleado, que podía vivir honradamente cumpliendo con sus deberes, es sustituido por los que le proporcionaban los medios de labrarse una buena posición social, debido á que abandona sus obligaciones por entregarse criminalmente á las libaciones alcohólicas. Las madres, esas

heroínas incomparables que darían su sangre por salvar á sus hijos de las calamidades del mundo, lloran inconsolables al contemplar á los pobres seres que de ellas recibieron la vida, extenuados por los vicios y exhalando en su aliento la hediondez de los licores. El pueblo se embrutece; los que tienen obligación de velar por el sostenimiento de sus familias, gastan sus sueldos en los numerosos centros corruptores, empeñan sus joyas, sus libros, sus vestidos, y los pobres hogares sufren horriblemente los estragos de la miseria.

Ese vicio inmundo arranca al hombre los sentimientos de patriotismo; mata en el corazón el amor á la familia; arrastra por el lodo la honra y la dignidad, y, borrando en el alma los sentimientos religiosos, convierte al hombre en despreciable bruto.

La boca de un ebrio es diccionario completo de palabras asquerosas. Nada más triste para un hombre de buen corazón; nada más alegre para los que se divierten con la desgracia de sus semejantes; nada más peligroso para el pudor de la mujer y nada más á propósito para los agentes de la justicia, que encontrarse con un ebrio que va formando rúbricas por las calles.

Los estancos y hoteles que aparecen cada día como por encanto, son la causa principal de los suicidios y demás crímenes que lamentamos. Hay tontos que desesperados por cualquiera simpleza, como la de recibir calabazas, buscan en los licores un lenitivo á sus pesares; y ya ebrios, más abatidos que cuando se encontraban con sus sentidos cabales, se arrancan la existencia por su propia mano, llevando á sus familias el luto y la desgracia. Los asesinatos, en su mayor parte, son debidos á la ebriedad. Los estupro, el latrocinio y otros muchos crímenes, casi generalmen-

te tienen por causa la vagancia, y es bien sabido que la vagancia es hija del aguardiente, la cual, en compañía de otras muchas bebidas perniciosas, lujosamente embotelladas, se muestra al público cual miserable prostituta esperando que algún desgraciado llegue á ofrecerle sus impúdicos besos.

Y lo peor de todo es que los desgraciados adoradores de Baco no se contentan con serlo ellos solos: envidiosos de la honra ajena por haber ellos perdido la suya, usan del título de amigos y arrastran consigo á los incautos que, gozando de simpatías en la sociedad y teniendo en perspectiva un porvenir brillante, debido á sus virtudes y talento, caen en un abismo de calamidades, muchas veces sin darse cuenta de ello.

Y os atrevéis á llamaros amigos, seres malvados que, como la mariposa que salta de flor en flor libando la miel de los perfumados cálices, vosotros saltáis de cantina en cantina para beber el hediondo licor de las doradas botellas. Y os llamáis amigos!... ¡Ah, desgraciados! ¿por ventura habéis perdido la conciencia ó nacisteis sin ella? ¿Dónde están vuestros nobles sentimientos, si os complacéis en salpicar con lodo la honra de vuestras víctimas? ¿En qué os diferenciáis de los animales? ¡Ah! solamente en que muchos de ellos son superiores á vosotros! ¿Por qué no os corrompéis solos? ¡Ah, infames, vuestros corazones son inferiores á las rocas, porque de ellas brota á veces el agua cristalina, mientras que de vuestro pecho sólo pueden brotar torrentes de inmundicia... Y os llamáis amigos!... ¿Pensáis acaso que, como la de los brutos, vuestra alma no es inmortal? Las lágrimas que hacéis derramar á las afligidas madres, á las desgraciadas esposas, á los infortunados hijos; y las maldiciones que conti-

nuamente recibís de la sociedad, todo eso ¡desventurados! aumentará vuestros sufrimientos cuando hayáis abandonado la tierra, porque vosotros aún más que los hoteles y cantinas, sois la causa del infortunio de las familias! Si tenéis necesidad de emborracharos, hacedlo vosotros solos; pero no á fuer de amigos revolquéis á los demás en el fango en que os sumergís como cerdos.

Si queréis aparecer como verdaderos amigos, no arranquéis del seno del hogar á los que le dan ventura y alegría: dejad que el empleado cumpla sus obligaciones: no os opongáis á que el estudiante concluya su carrera: hundíos en fin, vosotros solos en el abismo de los vicios, ya que no podéis salvaros, y acaso entonces, la sociedad agradecida perdonará vuestras faltas.

JOSÉ MARÍA GOMAR.

San Salvador, Nbre. de 1892.

## AL PARTIR.

Ya el sol entibia su ardorosa llama,  
el día languidece y se colora.  
¿Ya es hora de partir? Mira: cuanto ama  
se ha cubierto de luto en esta hora.

La onda humedece en lágrimas la playa;  
sollozos del follaje el aura trae;  
en el confin azul el sol desmaya  
y en el sudario de las aguas cae.

Parecen confundirse en un lamento  
de almas que vagan huérfanas y solas,  
la quejumbrosa música del viento  
y el estruendo lejano de las olas.

¿Escuchas, Lesbia, esa elegía? Brota  
del seno de la calma, adormecida;  
cual si en el arpa de los aires, rota,  
una cuerda vibrase adolorida.

Es que la tarde, confidente muda  
del pesar que nos deja el alma herida;

la tarde nuestra amiga, te saluda  
con un salmo de duelo en tu partida!

M. J. CABRERA.

## EL QUE APRENDE HOY.

(A MI PADRE DON SOTERO REYES.)

Qué hermoso es pensar por un momento en los medios que en la época que cruzamos se ofrecen á la inteligencia para su desarrollo positivo!

Qué hermoso es, aun más que pensar, saborear en los conciertos sublimes en donde la ciencia se difunde, la influencia notable de esos poderosos medios en las ideas que se forman en la juventud, matizadas de tintes vivos y encantadores, y revestidas de una acción enérgica y halagadora!

Nosotros, que somos partícipes de tan benéficas influencias, admiramos el cuadro y nos sentimos vivamente emocionados por sus atractivos inmensos.

Todo convida allí, en esos instantes de gozo indefinible, de encanto arrobador, á aspirar constantemente á la realización de un fin que se escapa á nuestras miradas y que tan sólo alcanzamos á entrever ligeramente, allá en lontananza, en los momentos de meditación profunda y de expansión silenciosa del espíritu. Fin que se aproxima cada vez más y que se presenta más vivo y halagüeno en la mente del que ha llegado á sustentar una ambición noble; del que ha llegado á engendrar en su corazón los sentimientos

de una elevada consigna; del que ha llegado, en fin, á encerrar en su cerebro los gérmenes de un ideal sagrado que le justifica un porvenir grandioso, y que sabe traducir con acierto y elocuencia envidiables, en las luchas del saber; en esas luchas esplendorosas que elevan el alma humana á la contemplación de lo eterno, de lo indescifrable, de lo infinito.....

Ved cómo el semblante en cada uno está indicando á los ojos de los demás, el incesante movimiento de las ideas que interiormente deliberan, preparando un plan de ataque, ó de defensa. Ved cómo las miradas escudriñadoras se manifiestan en cada uno implacables, y atentaís á sus contendientes para combatirles, ó para sostener á sus correligionarios. Y luego, del choque continuado de esas fuerzas prepotentes que luchan con brillo en un campo extenso y fecundo, ved cómo sale magestuosa esa chispa divina, la verdad, que coronando esa preciosa facultad que el Creador nos ha dado como enseña de su grandeza y que se llama razón, va—semilla de la luz—á depositarse victoriosa en una multitud de inteligencias que se sienten animadas de nuevos impulsos para entrar con decisión y gallardía al terreno de salvación de la humanidad, que es la ciencia.

La satisfacción que el alma experimenta entonces, es decir, cuando la calma sustituye á la actividad precursora de la mente, es tal que nos hace enmude-

cer simbolizando con una débil sonrisa su más elocuente expresión.

¿Y cuál es la causa principal é indefectible de tan inmenso placer, del cual nos enorgullecemos?

..... Nada..... no puede ser otra que la civilización, la cultura, el progreso, etc., como frutos naturales é inmediatos del reconocimiento feliz de una facultad que es inherente á la índole humana: *la libertad*.

He aquí la esencia. He aquí la causa de nuestro regocijo, de nuestra dicha inefable y de nuestro prodigioso engrandecimiento.

La libertad, facultad salvadora que habilita al hombre para ejercer plenamente sus fuerzas de investigación y llevarlas hasta el infinito; facultad que hace de él un ser privilegiado y superior, designándole á la vez, el puesto que le pertenece en la gerarquía del universo material y moral. Ella constituye nuestra suprema felicidad.

De las diversas manifestaciones que toman las ideas producidas por los destellos que se inoculan en cada una de las inteligencias guiadas por el glorioso y soberbio estandarte de la libertad, nace la lucha, encarnación divina de la luz del saber.

Si los seres racionales, mejor dicho, si los hombres carecieran de libertad, las ideas de progreso, de adelanto, de civilización y de cultura serían nulas en él; estaría reducido á la triste y lamentable condición de los bru-

tos; descendería en absoluto del puesto que la excelencia de la naturaleza le ha señalado en medio de una multitud de otros seres que viven bajo su completo dominio.

Bajo los auspicios exceisos de la libertad, la fuerza y la opulencia, son ideas vacías, reflejos del orgullo y de la vanidad. Por ella no se coronan.

En los combates intelectuales, la riqueza, la nobleza, el poder, la belleza física, todo esto se eclipsa totalmente ante el brillo esplendoroso de una inteligencia clara y privilegiada.

Vence el pensamiento, se humilla la fuerza.

Atrae la imaginación viva y la belleza del espíritu, repulsa el engaño y la vanidad de forma.

Seduca la mente soñadora, rechaza el orgullo torpe y la impostura.

¡Bendita sea la libertad!

Los que aprendemos hoy, influenciados por la luz de sus rayos benignos, nada tenemos que desear.

A pesar de que no todos—los que constituimos eso que con tanta justicia se llama el porvenir de las naciones y que no es otra cosa que la juventud—tenemos las mismas convicciones; de que no participamos de las mismas ideas, ni seguimos un mismo derrotero, ni ponemos en concurso nuestras fuerzas para perseguir con anhelo un fin noble y definido, á pesar de eso, decimos, nos formamos ya ineludiblemente, al abrigo de un sol refulgente—la libertad—

que anima y robustece nuestro sér con el calor de sus rayos benefactores; da energía al sentimiento y vida á las concepciones del espíritu. Sí, nos formamos ya al abrigo de un sol eterno, emanación divina, que abre ancho paso á la inteligencia para recorrer en alas del pensamiento mundos superiores y desconocidos que engendran el misterio y ocultan la realidad á la percepción humana, maravillando al sér inteligente que se extasia en su contemplación.

Nuestras esperanzas toman forma y colorido en los conciertos augustos de la ciencia. Allí vagan en alas de las ilusiones, y no parece sino que se realizan á cada paso que nuestros actos nos marcan un suceso de justa satisfacción.

Queréis amar lo grande, lo verdadero y sublime, educaos al amparo de la libertad.

Queréis alimentar vuestras esperanzas, ennobleciendo vuestros sentimientos y dignificando vuestras ideas, asistid á las cátedras de hoy.

Queréis contemplar horizontes dilatados inspirándoos ante el enjambre grandioso que presentan las ideas en las luchas continuas por conquistar la verdad; queréis deleitar vuestro espíritu y elevar vuestra mente á las regiones etéreas de la felicidad moral; queréis comprender lo que es la libertad, APRENDED HOY.

ALONSO REYES G.

San Salvador, mayo de 1892.

## RIMA.

Cada vez que contemplo en las flores  
 las nítidas perlas  
 De rocío, me siento con ansias  
 de ir á beberlas;

Pues yo pienso que vienen de noche  
 las almas aquellas  
 Que, enfermas de amor, para siempre  
 dejaron la tierra,

Y que, luego, á las púdicas flores  
 suspirando llegan,  
 Y, besando las frescas corolas,  
 en llanto se sueltan....

\* \* \*

Cuando ya en el Oriente aparece  
 la aurora risueña,  
 Esas almas á ignotos lugares  
 muy rápidas vuelan,  
 En los pétalos tiernos dejando  
 sus lágrimas bellas....

*Juan A. Solórzano.*

---

 RECUERDOS
 

---

Tiembla el alma, vibra como cuerda herida, "cuando volvemos las fugaces horas del pasado á evocar," y al vibrar lanza un sonido, que unas veces es una nota musical y otras un lóbrego gemido.

La memoria es un museo que guarda la colección de las cosas idealizadas, y es la conciencia del pensamiento donde se repercuten incesantemente las impresiones, y se reflejan, cual más cual menos, los ecos agudos ó graves, tristes ó alegres, claros ó confusos, como resonancia bulliciosa de donde sobresaale siempre aquello que más ha penetrado en las profundidades del sentimiento.

Los recuerdos son los perennes despertamientos de la imaginación que vuela hacia los tiempos pasados. ¡Sublime despertar del espí-

ritu! y más sublime todavía si se despierta para contemplar ideas dulces, sensaciones tiernas y recuerdos deliciosos.

El hombre vive de recuerdos, "que, cual hoy por ayer, por hoy mañana" vuelve siempre á suspirar.

Pero ¡ay! no siempre es el recuerdo la dulce melodía de una hermosa nota, ni la copa de bálsamo; á veces es la pócima de la muerte ó el acíbar del dolor.

Muchas veces suspiramos. ¿Qué significan esos suspiros? Es el recuerdo que pasa, es una imagen vaporosa que cruza nuestra mente como espíritu evocado por la fantasía: recuerdo mágico é inconstante, que en cuanto nos eleva á las dilatadas regiones del cielo nos arrastra á respirar las deletéreas emanaciones del infierno.

\* \* \*

Los juegos de la infancia, los sueños de la adolescencia y las mil y mil aventuras de esas primeras etapas de la vida, pasan dejando en nuestro sér una huella confusa y un sentimiento vago, pero impercedero. Ese es un fenómeno prodigioso de la percepción del alma, que nace y se disipa sin cesar como los fuegos fatuos.

Los recuerdos de la juventud son los haces más intensos que se reflejan en el espejo de la mente soñadora y se refractan con los vivos matices del arco-íris al cortar el seno misterioso del prisma de la facultad imaginativa.

Por medio del recuerdo unimos el idealismo del pasado con la silueta del futuro, imitando el decir de cierto autor cuando exclama: "el presente es un puente que pone en comunicación dos eternidades, el pasado con el porvenir."

Si el recuerdo fuese un puente levadizo que se pudiera quitar á voluntad, ¿que quedaría en su lugar?—un abismo en la existencia

humana, donde se hundirían los goces de la vida. Suprimidle al hombre el privilegio divino del recuerdo, y le habréis arrebatado sus mejores placeres.

Desaparecerían entonces las estatuas que simbolizan la inmortalidad del héroe y el genio; caerían convertidos en polvo los soberbios monumentos que acreditan los triunfos del progreso y representan las facies de la civilización.

Desapareciendo el pasado, los lazos que nos atan á nuestros progenitores se romperían cual débiles hilos de araña; las emociones íntimas, el cariño de los amigos y la veneración por las tumbas, se disiparían como un copo de niebla en el estío. Sin el recuerdo no hay nada: ni idea, ni pensamiento, ni meditación, ni ciencia, ni arte; sólo el fantasma de la muerte, que es la negación absoluta de todo.

\*\*\*

La juventud, el recuerdo, las esperanzas, las ilusiones, la poesía y el amor. ¡Ah, qué voces tan melodiosas! Con ellas escribirían Donizetti, Bellini y Verdi una ária de *Lucia* una fantasía de *Norma* y un trozo de *Julietta*; con ellas el pintor infunde vida á sus obras, y con ellas se llenan los espacios de la creación, los vacíos del infinito y las grandezas de la eternidad!

En la gran armonía del universo existe la armonía del recuerdo que es la armonía del sentimiento, del arte, del pensamiento y del amor, es decir, de todo lo grande y todo lo bello. El alma humana sintetiza el grandioso poema de los recuerdos, poema inmenso, cuyos cantos llevan el sello indeleble del corazón!

Al través del recuerdo admiramos aún la apoteosis más trascendental de la historia en la figura luminosa de Jesucristo enclavado en

el suplicio de la cruz, de donde le vemos ascender sobre los altos minaretes de la ciudad deicida hacia su reino, inundando los orbes con su radiante luz; por medio del recuerdo escuchamos la *Iliada* de Homero, la *Encida* de Virgilio y las cantos de Horacio; oímos las doctrinas de Thales, de Sócrates y de Platón; escuchamos las Filípicas de Demóstenes y la voz conmovedora de Cicerón que aun retumba en el salón de las Arengas; vemos los pinceles de Miguel Angel y el brillo redentor de las espadas prepotentes de Washington, de Bolívar y de Juárez.

El recuerdo es el anteojo poderoso del alma con que la mente observa los puntos remotísimos de la antigüedad traspasando la densidad de los siglos.

\*\*\*

Mientras haya recuerdo habrá poesía. Aunque el poeta enmudezca, cantará la Naturaleza con su timbre inimitable y su tono encantador.

¡Himno sempiterno, concierto inmortal, holocausto de la creación que sube al altar del divino Artista, y que nuestro oído escucha y la mente repereute!

Yo, que adoro el recuerdo como á deidad sagrada y deposito en sus aras las ofrendas de mi corazón; yo, que vivo del recuerdo como de su aroma la flor, como del aire las aves, como de su albedrío el espíritu ¿cómo podría vivir sin volver *las fugaces horas del pasado á evocar?*

Jamás las sombras del olvido ahogarán la voz de mi imaginación.

Amo la libertad que el Mártir del Gólgota legó al género humano desde la cumbre sublime del Calvario; amo las esperanzas de felicidad que nos unen á la dueña de nuestras ilusiones, y amo la bondad, y amo el sentimiento, y amo al amor mismo, porque amo al recuerdo; pues sin él no existe el amor.

El recuerdo...¡ah! el recuerdo! Sí, es la mirada del alma, convertida á cada instante sobre las felices horas que pasaron ya, *esas... que nunca volverán!*

¡Virir de recuerdos! ¡Triste condición, pero sublime!

\*\*\*

La memoria, que es la inundación portentosa en que flota la alba fantasía con el remar imperceptible de sus alas, como el cisne que se desliza magestuoso sobre las ondas de un lago azul, es el elemento imponderable de las ilusiones.

¡Recordar el trino melodioso del ruiseñor, que se acompaña con el sacudimiento de su ligero plumaje en las magníficas soledades del bosque; recordar el tenue susurro del cierzo que estremece perezoso las hojas de las palmeras, recordar el murmurio de las olas al convertirse en argentadas espumas sobre la superficie del mar, y el estruendoso bramido del huracán interpelado por el estrépito quejumbroso de las frondas al troncharse; acordarse.... ¡ay! del postrer ¡adios! de la mujer querida que reina en nuestro sér y de aquella mirada lánguida con que nos ve partir, ¿quién sabe? si para no volver jamas! En el recuerdo de lo sublime está la exaltación de la epopeya. Los recuerdos son las arterias donde circula la savia nutritiva del espíritu.

Con la imaginación me deleito contemplando los eternos horizontes de la inmensidad, y me extasó viendo girar al mundo patético de los recuerdos sobre el eje de mi corazón en la órbita inmensurable de mi mente. Veo una sombra que me persigue, veo una imagen á cada paso, la veo á *ella* y la veo sin cesar; veo su retrato dibujado en todo: la veo en cada rayo de plata de la luna, en cada rayo de oro del sol, en las estrellas que titilan, en

los acordes de la orquesta, en las páginas de mis libros y en la poesía universal. ¡Tamaño grandeza arrebató mi espíritu embelesado y me hace exclamar:

“Podrá nublarse el sol eternamente  
Podrá secarse en un instante el mar;  
Podrá romperse el eje de la tierra  
Como un débil cristal.  
¡Todo sucederá! Podrá la muerte  
Cubrirme con su fúnebre crespón,  
Pero jamás en mí podrá apagarse  
La llama de tu amor.”

RAFAEL E. CHAVES.

Diciembre de 1892.

## PLUMADAS.

Indudablemente que para ser moralista se necesita, además de ser un modelo de hombre virtuoso, un cúmulo de circunstancias sin las cuales, ó las enseñanzas morales tienen que ser ineficaces, ó sus beneficios serán de corta duración; y en todo caso el moralista está expuesto á ser un mártir.

Si el que se propone morigerar las costumbres censurando lo malo ataca por ejemplo, la embriaguez, todos ó la mayor parte de los que rinden culto á esta *deidad*, se vuelven sus enemigos. Igual suerte le tocará si censura el juego, la avaricia, el robo; todos los vicios.

Ya se ve que son pocos los que se resignan á soportar los resultados de las inconsecuencias humanas, y hé aquí por lo que son muchos los que prefieren acomodarse á todas las circunstancias en cambio de asegurarse una vida, si no feliz, cuando menos pasiva y relativamente tranquila. Pero no es correcto este proceder, pues ni el hombre está llamado á llevar una existencia improductiva, ni debe esquivar la lucha toda vez que ella tienda á su perfeccionamiento y al

de las sociedades; no deben disuadirlo de sus buenos propósitos los suplicios de que han sido víctimas moralistas como Sócrates, Jesu-Cristo y otros grandes reformadores, tanto más cuanto que en nuestros tiempos la cultura á que ha llegado la humanidad impediría la consumación de sacrificios semejantes.

Es evidente que las flaquezas humanas tienden constantemente á inducir al hombre hacia el mal, y ¿qué sería de la sociedad si no existiera la moral, que establece el equilibrio entre sus miembros? Su existencia es inconcebible. Creemos que para que una sociedad pueda tener una base sólida, debe estar constituida bajo los principios de la moral bien entendida: que en el hogar, donde el hombre recibe la primera enseñanza y la que influye notablemente en su porvenir, debe empezarse á cultivar su corazón mediante la práctica constante de las costumbres más sencillas, y así irá creciendo en generosos sentimientos hasta llegar á su completo desarrollo.

Empero no creemos bastante la buena educación que pueda darse al hombre en el hogar durante la niñez, puesto que esta enseñanza puede modificarse y aun extinguirse bajo influencias contrarias. Por ejemplo: tiene que frecuentar más tarde los establecimientos de enseñanza, y si en estos se le obliga á prestar una obediencia ciega y servil á sus superiores, y no una basada en el respeto y aun en el cariño que el discípulo debe profesar al maestro; si éste se complace en que se le adule, desde luego formará, en estos dos casos hombres hipócritas y serviles, pues para contemporizar con su carácter, tienen que prestarle una obediencia aparente aunque en el fondo lo abominen, y verse obligados á halagar su amor propio haciendo todo aque-

llo que le complazca, aunque sea contrario á las buenas enseñanzas antes recibidas.

Cuando la juventud empieza á conocer el puesto que le está reservado en la sociedad; cuando ya tiene una idea clara de sus derechos y de sus deberes, debe encontrar buenos ejemplos que imitar; debe observar las prácticas del buen gobierno y habituarse á ellas para completar su educación. A nuestro juicio, es indispensable la libertad para que el hombre pueda formarse y para que pueda una sociedad adquirir perfeccionamiento y estabilidad. En este sentido, somos de parecer que los gobiernos deben ser tolerantes á veces con los desbordes de la juventud, cuyo espíritu fogoso é irreflexivo va en ocasiones más allá del deber; pero así es como se va templando el alma y adquiere el vigor que es necesario en el buen ciudadano celoso en la observancia de la ley, en la práctica de la moral, ya en la vida pública y en la vida privada.

Si por el contrario, falta la libertad, y la juventud observa que hombres muy respetables por su saber, y hasta por su edad, solo le dan malos ejemplos, se cortan las alas al ave que mañana surcaría los aires libremente y se le deja indefensa y nula para siempre.

Mientras la Escuela da á la sociedad la mujer educada y el hombre honrado y culto que vendrán más tarde á formar el hogar dichoso donde sus hijos reciban una buena educación, todos aquellos que tengan autoridad sobre los demás y estén poseídos de sentimientos generosos, trabajen con ahinco por el mejoramiento de las costumbres, sin que les arredren las consecuencias, que está probado que no pueden haber gloria sin sacrificio.

INDALECIO ZELAYA.

San Salvador, diciembre de 1892.

## UN SONETO.

(IMITACIÓN.)

En un aprieto has dicho que me pones  
Para tu álbum pidiéndome un soneto,  
Pero gracias á Dios que del aprieto  
Me empiezan á sacar estos renglones.

Yo conozco muy bien tus intenciones,  
Quizá de mí te burlas en secreto;  
Pero estoy en el último cuarteto  
Y en mi cuenta deseo que lo abones.

Acaso en los tercetos has pensado  
Que sin duda he de darme por vencido,  
Mas ¿cómo si el primero he terminado?

Vamos, pues, al segundo... Yo he creído  
Que de tí mi soneto se ha burlado,  
Pues con este renglón está concluido.

JOSÉ MARÍA GOMAR.

San Salvador: 1892.

## NIÑERIAS.

## I

Infancia: si fueras eterna! . . .

"No goza uno, es un cabrito."  
Cierto, pero un cabrito sin mancha,  
y eso basta. Quién es el que rehu-  
saría cambiar sus placeres de hom-  
bre, siempre salpicados de lágrima-  
s, por esa feliz existencia que  
nos escuda contra la envidia, nos  
libra del odio y nos salva de toda  
impureza? Ignorancia que raya en  
inocencia, está muy cerca de la per-  
fección. Jesús, el hombre perfecto,  
tenía predilección por los peque-  
ñuelos.

Hay momentos, preciosos quan-  
to raros, en que uno se siente niño;  
uno de esos momentos ha dado vi-  
da á esta historieta.

## II

La casa! Bienaventurado quien  
la tiene. Continuación del cuerpo,  
para el alma, constituye, si se en-

sancha, la patria; y no contando á  
la Naturaleza, es el más santo de  
los templos. No tener casa, no te-  
ner patria: dolores que solo difie-  
ren en intensidad.

Paseando un día con mi madre,  
me señaló una casucha que amena-  
zaba desplomarse.—Mira hijo, allí  
naciste.

Con el tiempo desapareció. No  
sé cómo, pero cuando volví, des-  
pués de larga ausencia, hallé en  
su lugar, un hermoso jardín del  
cual no me ha tocado ni una flor.

De la otra casa en que pasaron  
mis mejores años, solo es mío el  
recuerdo. Dos cuartos, una cocina  
con techo de paja y un pequeño  
patio en que plantamos rosales y  
claveles, he aquí todo. En cambio,  
más allá del jardinillo se extendía  
un gran *solar* sembrado de enor-  
mes peñascos á cuyo pie crecían  
salvias frondosas y copudas higue-  
ras. De trecho en trecho destacá-  
banse altos guayabos de tronco li-  
so y brillante por donde corrían  
las hormigas en apretados surcos.

En el centro del solar se elevaba  
la Piedra Hueca. Figuraos un niño  
de cinco años ante una piedra que  
suená como campana! Jamás mis-  
terio alguno me preocupó tanto. Al  
volver de la escuela, aquí estoy de  
rodillas ante el peñasco, y pun, pun,  
pun, horas enteras, terminando  
siempre mis experiencias con la si-  
guiente afirmación: "¡Es un dia-  
mante!"

Todo el terreno abundaba en pe-  
queñas grutas que servían de nido  
á las gallinas. Yo pasaba revista  
diaria en busca de los huevos para  
trocarlos, á escondidas, por frutas,  
buñuelos y otras golosinas; y era  
tal mi impaciencia, que muchas ve-  
ces practicaba el registro sin espe-  
rar á que los nidos estuvieran des-  
ocupados. Tal costumbre me indis-  
puso con un valiente: era éste un  
gallo veterano, triunfador en vein-  
te peleas, cuando joven, y señor ab-

soluto ahora de numeroso serrallo. en premio de sus muchos años y servicios.

Avino que haciendo él la guardia á una sultana, metiese yo la mano en demanda del huevo. Espolonzado más bien puesto, no recibió jamás ningún enemigo del guerrero; en mi rostro quedaron pintadas las patas, para escarmiento de cuantos desconocen las prerrogativas femeniles. Niño al fin, no podía yo ser rencoroso, y siempre tuve á honra encomiar las hazañas del valeroso gallo.

Mi héroe murió trágicamente, aplastado por una piedra, y ¡oh gloria galluna, tan mentida como la humana! al vencedor, al rayo de la guerra ... le comimos!

### III

Nuestra vida era bien modesta. Yo y mi hermano menor, hacíamos los oficios de la casa. Comprar el pan, el queso, las velas, atizar el fuego, barrer la casa: nunca fueron para nosotros actos degradantes; al contrario, placeres tan grandes, como llevar la campanilla durante el viático, ó vestir de acólito, que es cuanto se puede desear.

Después he aprendido, observando á los *señoritos*, que esas cosas deshonoran. Así debe de ser, á menos que tengamos al necio por el más estúpido de los animales.

De niños, echarse á la calle con las faldas de la camisa volando, el real metido en la boca, el plato debajo del brazo, y correr, saltar, estarse una hora en el mandado á riesgo de una tunda, y volver á casa con la mantecosa torta acerbillada á pellizcos, es todo un gusto! Ya grandes, no llenamos la ambición con esas quisicosas, pero sí el alma con el recuerdo dellas.

### IV

Mis juegos, por desgracia, fue-

ron cercenados duramente. La amabilidad, la gracia juvenil, son necesarias para formar al hombre. Como se nos obligue á pensar muy temprano, tendremos sombría la la meditación, y grandes esfuerzos habremos de hacer para atinar con el lado verdadero de las cosas.

Ahí está ese niño, parado en el umbral de la casa, yéndosele los ojos tras los muchachos que retozan en la calle. Con qué donaire coge éste en la mano el dormido trompo; qué júbilo siente aquél al despedir un *correo* al encumbrado papalote; cómo triunfa el otro al disparar la voladora flecha! Place res vedados al pobre que está allí muriéndose de admiración y de envidia en presencia de tales prodigios. Pues cómo se pondrá cuando vea hacer una carambola *cope-teada*, y piense que le está prohibido realizar tan hermosa hazaña?

El niño es un pájaro: quitarle los juegos, es cortarle las alas. Diréis que esta severidad no trae mayores consecuencias? Yo pienso, al contrario, que el muchacho acostumbrado á ver muy grandes esas pequeñeces, vendrá á ser el aplaudidor de cosas nulas, de donde fácilmente caerá en la dependencia respecto de cuantos sean más hábiles que él.

El padre de Sesostris no consintió que su hijo fuera simple espectador de las diversiones de sus compañeros; antes bien, le hizo rival de los mejores, por donde el triunfador en juegos, lo fue más tarde en heroicas empresas, ayudado de sus amigos en quienes además aprendió la ciencia más difícil, la que da el conocimiento de los hombres.

### V

Un día me llamó mi padre.—Vamos, hijo mío: ya has perdido bastante tiempo; desde hoy cambias de vida. Y me hizo conocer

sus órdenes. Y qué órdenes! el Decálogo con todas sus consecuencias. Me doblegué, me tronché, pero dí cumplimiento á las Siete Partidas.

Mi padre, santo Dios! Ya os quisiera yo ver, los señoritos, que tuteáis á los vuestros, que les pedís fuego para el cigarro, que gritáis en su presencia, que regañáis á los pobres viejos, incapaces de respeto por su mal entendido cariño... Y no creáis que era el mío un tirano. Nada de eso. Puntual y activo como un inglés, amanerado como un parisiense, la voz sonora y penetrante, la mirada un rayo, celoso de su autoridad hasta ya no más, y con todo, un corazón de niño. Hombre inflexible, la más pequeña falta tenía aparejado su castigo: castigo de palabras, de miradas sobre todo; pero si el caso lo pedía, hallaba manera de satisfacer á la justicia y de producir el escarmiento, sin herir en la dignidad. El látigo (Dios se lo haya en cuenta) jamás cayó sobre nosotros ese formador de esclavos, tan degradante, que aun viniendo de un padre causa lesión grave en la honra, al par que predispone al avenimiento con todas las tiranías.

Padre mío! huesped de la soledad, que has podido llenar tu noble alma hambrienta de cosas grandes, con el amor de la Naturaleza, de la Naturaleza que jamás engaña, que jamás hiere, que jamás rechaza á los perseguidos por el mundo, yo te bendigo. Mis ojos te están viendo, encorvado por el peso de los años y de los sufrimientos, solitario en la casa ántes tan bulliciosa. .... Allá vas con la hoz en la mano á saludar tus flores: en medio de esas plantas, tu frente se despeja, la sonrisa ilumina tu rostro, y dejas de ser hombre para convertirte en el genio de los campos. Yo te veo, cuando la luna baña en luz macilenta los emparrados del jardín,

esperando el momento en que el Galán de Noche nazca á su efímera existencia. La flor misteriosa despliega sus sedosos pétalos que tiemblan como tocados por un ser invisible. Tú estás ahí contemplan-do esa hija de las tinieblas, y tu alma siente lo que sintió la mía cuando en mis audacias de niño quize cantar como poeta.

Que existe entre tu cáliz, escondido,  
Un angel, me parece en mi ilusión,  
Que tal vez de otro mundo ha descendido  
A calmar un momento  
Con su acento  
Mi triste corazón.....

Murió, plegó su broche que no se abrirá más; y tu ahí, pensativo y sombrío, abismado en la meditación hasta que el último rayo de la luna perdida en su ocaso, te anuncia la hora de volver al hogar solitario.

Todo queda en silencio. Allá abajo se ven las sombras de los altos cipreses, semejantes á torreonnes de arruinado castillo; sólo el sumbido de los insectos nocturnos interrumpe el sueño de las flores; el jardín parece un cementerio..... él es, en verdad, la última morada de tus ilusiones; él será la tumba de tus esperanzas.....

## VI

Fulano, por tantas fallas, todo el domingo.

Zutano por tantas, hasta las doce

El otro „ „ encierro.

Todos castigados, todos.

Hame ocurrido muchas veces meditar en esta tendencia irresistible de los colegiales á las travesura, y aquí, como en toda las flaquezas humanas, encuentro que tiene su parte la tiranía.

Que no se hable en la mesa, que no se grite en recreo, que no se salte, que no se usen apodos, siquiera sean graciosos é inofensivos. Y

qué lográis con tan inmotivada severidad?

Sinceridad, amor al trabajo, obediencia racional: he aquí lo que habéis de enseñar, como también que cada uno tiene derechos cuya transgresión constituye crimen. Que la justicia, inculcada en el corazón y en la inteligencia de los niños, forma hombres felices y honrados, aun cuando no descuelen por su sabiduría.

Después de la hermana de la caridad, es el sacerdote quien más abnegación necesita para sacar triunfantes sus deberes; pero no va gran distancia de éste al maestro en quien han de reunirse vocación irresistible, desinterés á toda prueba y conciencia clarísima de su elevado ministerio, si no ha de ser profanador de tan hermosa institución. Como sea difícil encontrar tales condiciones en una misma persona, estemos bien hallados con los que la suerte nos depare para encargados de la educación; pero téngase entendido que si puede haber regulares educadores entre hombres no muy escasos de humanas debilidades, jamás será ni mediano maestro quien ponga la mira en el acrecimiento de las riquezas.

En un colegio un muchacho mal intencionado, dio en calumniar á otro, novicio, que por cierto no merecía tan mala acogida. Corrió el novicio con su queja á donde el director, y éste llamó al acusado.—Niño, es cierto que tú molestas á éste?—Para qué es eso, si ni le conozco!—Ya lo ves hombre; ese muchacho no sabe mentir. Vete.—Señor, repuso el ofendido, no hubiera yo venido aquí si supiera que había de estar entre infalibles.—Maleriado, maleriado!.....

De ahí á poco, averiguó este *malcriado*, que su enemigo el infalible, pagaba veinticinco pesos, mientras él sólo quince, poca cosa para es-

tar libre del feo vicio de la mentira.

¡Maestros esos encariñados con los aduladores y con los que pagan mejor; maestros esos tiranos que vuelven mentiroso á un muchacho altivo y sincero?

## VII

Eramos muy malos. Al profesor de Inglés, poco entendido en el castellano, le habíamos hecho creer que las malas palabras tienen buen significado.—A este Mr. Writt; le quiero porque es muy bruto.—Oh! cieto, cieto, yo ser así, mucha gracias.—Todo se puede decir de Mr. Writt; pero hay que confesar que es un bestia.—Güeño, si, güeño, yo agradezco. Cuando alguno de nosotros hacía una diablura, parábase el viejecito, tieso y estirado, empinándose como para darse más autoridad, y decía con su voz chillona: “cieto, cieto, usted tiene á comportarse bién; sinó yo le suicidaré.”

¡Oh qué malvados! Uno arrebató su cesto á una pobre frutera; otro hizo saltar al inspector con todo y tarima, metiendo debajo de ésta una bomba, otro volvió medio loco á un celador, bañándolo en *pica-pica*; otros prolongaron las fiestas de agosto, reventando en los dormitorios coheteros, buscapiés y aún montantes; hasta llegamos á declarar el colegio en estado de sitio cuando los temblores del ochenta; causa de esquisitas diversiones para nosotros, que en practicar rondas y reconocimientos y en destacar avanzadas y exploradores, nos pasábamos las noches enteras. Llegaba un temblor; en el acto se le daba el *¡quién vive!* y en seguida era llevado preso al cuartel *por alterar el orden público*. ¡Oh tiempos!....

Traviesos, endiablados, pero prontos á volver al buen camino, á una palabra del maestro.

Sobre todo, nos formábamos pa-

ra la vida libre: de aritmética, de gramática, de historia, de cualquier cosa que tratara, siempre hallaba él pretexto, para hablarnos de Cordero, de Régulo, de Bolívar, de todos los grandes hombres. Él era también grande hasta donde puede serlo un maestro.

Se llamaba Hildebrando Martí.

## VIII

Ya está: el niño ha concluido su pequeña historia; lo demás pertenece al hombre.

A. MASFERRER.

San Salvador, 1892.

---

## NOTAS.

---

# EL CÓLERA.

POR EL DR. FERNANDO CARLOS VALENTINE.

La llegada del segundo período es señalada por los síntomas más patognómicos de la enfermedad. El carácter de las evacuaciones cambia de la simple acuosidad ó soltura, á una apariencia de agua de arroz ó de suero. Aumentan en cantidad, á veces hasta un punto alarmante y se presenta el vómito. Este por lo general viene sin estar acompañado por náusea. El paciente tiene sed, y calambres en los músculos del abdomen y de las piernas, los cuales le hacen sufrir mucho. Durante todo esto, el estado de la mente es curioso. Esta está perfectamente despejada, pero en cuanto al resultado final de la enfermedad manifiesta generalmente el paciente la mayor indiferencia, aun cuando antes del ataque haya sentido el mayor temor. El enfermo de cólera rara vez llora. Es digno de notarse que muchas enfermedades están acompañadas por un estado mental característico, ya abatido, ya alegre ó lleno de esperanza,

cuyo estado puede ser enteramente distinto del carácter usual de la persona.

El tercero y último período, en el cual entra el enfermo, si no se ha restablecido, llega ahora muy pronto. Es lo que se llama el estado de colapso ó postración completa. Las evacuaciones han agotado de tal modo los fluidos del cuerpo, que las facciones se contraen, los ojos se hunden, el cuerpo entero disminuye en tamaño, la piel se pone fría y arrugada, y el enfermo asume un aspecto cadavérico; parece haber envejecido súbitamente y el semblante cambia á menudo, de tal modo que sus más íntimos amigos no le reconocen. Los labios, las uñas y la piel se ponen azules y la voz ronca y baja. Poco á poco se van contrayendo las facciones, el aliento se pone frío y por fin llega la muerte.

A veces sucede que el enfermo se restablece del período de colapso. Entonces tiene lugar una reacción que puede ser seguida de fiebre, la cual á su vez puede durar un largo tiempo y terminar por la muerte ó el restablecimiento.

## IX.—EL "COMA-BACILO."

El Dr. Koch da una interesante explicación de esta fiebre, basada en las autopsias que él ha hecho. Este caballero halló que cuando la muerte no sobreviniera rápidamente, los coma-bacilli se abrían camino á la membrana interior de los intestinos y en poco tiempo producían una inflamación semejante á la de la fiebre tifoidea. Si el paciente sobrevivía á éstas, el exceso de estos perniciosos bacteria disminuían el abastecimiento de sangre, y el resultado era la mortificación. Con esta mortificación ó muerte de partes de la membrana intestinal interior, se presentaban los bacteria-sépticos, ó sea bacteria de descomposición. Estos últimos ocupaban pronto el lugar de los coma-bacilli, que desaparecían. Entonces había pasado el cólera completamente y quedaba establecida y seguía la fiebre séptica ó tifoidea.

Tenemos, pues, ahora un cuadro bastante claro de la enfermedad, sus causas y su historia. Lo que sigue naturalmente es la *parte práctica*.

¿Qué debemos hacer para vencer al enemigo? ¿Qué es necesario para preservarnos personalmente? ¿Cuál es el

valor de la dieta, de las medicinas, de la cuarentena, de los medios sanitarios públicos?

Tendremos que tratar cada uno de estos asuntos por separado. Pero, preguntará el lector deseoso de obtener inmediatamente un informe positivo, ¿podemos protegernos? Esto se contesta: Sí, si quieren Uds. tomarse la molestia de hacerlo.

Quizás no haya una prueba más evidente de esto que la que nos da la relación que hace el Registrador de Estadística Vital, sobre la epidemia del cólera en la ciudad de Nueva York, en los años de 1866 á 1867. Dicha relación dice así:

“En las casas y en las localidades en que los primeros casos bien definidos de cólera no eran prontamente tratados por medio del aseo local y de la desinfección específica, la enfermedad se establecía muy pronto como epidemia local, y no hemos hallado ningún grupo considerable de casos fatales en que esto no fuera cierto, mientras que en la mayor parte de los casos en que la desinfección se hacía prontamente y de un modo adecuado, la represión del cólera en las peores localidades y en las peores casas era inmediata y definitiva.

“En trescientas sesenta y dos casas, en las cuales hubo individuos ó familias atacados por el cólera y que fueron prontamente puestos bajo un sistema sanitario perfecto, por medio de la desinfección y purificación sanitaria, la pestilencia no pasó de la familia en la cual se presentó el primer caso.

#### X.—VENTAJAS DE LAS MEDIDAS SANITARIAS.

Cuando el cólera visitó á París el año pasado, no hubo casi ninguna alarma en los mejores barrios de la ciudad. Los negocios y todo lo demás siguieron su curso regular, por la confianza que tenían los habitantes en la protección que recibían de las medidas sanitarias correctas. La Junta de Sanidad del Estado de Nueva York, por medio de su Secretario, el Dr. Carroll, nos da en un Memorandum, publicado en noviembre último, el resultado de sus observaciones durante la epidemia de cólera en Francia y en Italia el año pasado, diciendo:

“La experiencia ha demostrado que el veneno del cólera no se estiende cuando el desaseo no favorece su multiplicación, y el único medio de detener su marcha es remover todo principio de contaminación de la tierra y del agua.”

El predecesor del Dr. Carroll dijo la misma cosa en un lenguaje igualmente positivo:

“La infección coleraica, escribía este caballero, no causará mucho perjuicio en una población, excepto en condiciones desaseadas de las casas, del aire ó del agua de beber. Esto ha sido prácticamente demostrado por la experiencia del mundo entero y por la ciencia sanitaria durante la epidemia del cólera, y es lo que todos deben comprender y poner en práctica para su propia seguridad.”

“Lo que la vacuna para la viruela, son las reglas higiénicas para el cólera” es la opinión del Congreso sobre la epidemia del cólera en este país en 1873. El hecho de que los distritos rurales, en los cuales la poca población en vastas áreas de terreno impide la acumulación de impurezas, se hallan casi siempre exentos de epidemias, es una prueba de que esta opinión es correcta, así como el hecho de que las enfermedades buscan los centros grandes, insalubres y donde la aglomeración de personas es mayor, prolongándose en ellos y haciendo grandes estragos. Mientras más insalubres, mayor su desarrollo.

Hablando de Damietta, donde estalló en primer lugar el cólera en Egipto, durante la última epidemia, dice Mr. Tavel que “la ciudad es tan sucia que el hedor de ella podría distinguirse á una distancia de diez millas.

#### XI.—EL ASEO ES DE SUMA IMPORTANCIA.

Apenas es necesario insistir en este punto, aunque el lector no puede tenerlo demasiado presente. El valor del aseo municipal es recomendado por hombres como el Dr. Hunter, ex-cirujano general del Ejército de India, los doctores Parks, Wilson y Pettenkofer, autores de tratados sobre la sanidad, el Dr. Koch, el Profesor Pasteur, y los más eminentes médicos de Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos.

La Comisión del Cólera del Imperio

Alemán, que se reunió en 1873 publicó el siguiente manifiesto:

“De todas las medidas que pueden tomarse para prevenir y combatir el cólera, ocupan el primer lugar las que tienen por objeto mejorar las condiciones sanitarias generales; todas las medidas específicas contra el cólera resultarán inútiles si no se presta la mayor atención, en los lugares habitados, á la purificación del terreno de materias orgánicas que pueden corromperse fácilmente, al desagüe del terreno, á mantener los albañales continuamente llenos de agua corriente, á limpiar con frecuencia las letrinas, á inspeccionar las habitaciones, cerrando las que son realmente dañinas; la provisión de agua pura, tanto la de beber como la que sirve para usos domésticos, y otras cosas semejantes. La Comisión expresa la opinión unánime de los médicos de la mayor experiencia, al decir que la más severa atención á todas las medidas necesarias á la higiene pública es la mejor protección, no solo contra el cólera sino contra las demás enfermedades epidémicas.”

### XII — ¿QUÉ SE DEBE HACER?

Siendo, pues, esto lo que requiere de nosotros la medicina preventiva, ¿qué es lo que vamos á hacer? No, no es esta la pregunta, sino ¿cómo vamos á llevar á cabo lo que debemos hacer? ¿Cuál es la respuesta práctica, concisa á todo esto? Una sola palabra: ASEO.

La Junta de Sanidad de Dublin define claramente el asunto. Ella exige aire puro, tierras limpias, casas limpias, muebles limpios, camas limpias, ropa limpia, cuerpos limpios. Hágase una guerra al desaseo. En primer lugar insístase en tener las calles limpias, libres de toda contaminación de desechos ó inmundicias de cualquiera clase; que estén limpias no sólo en las mejores partes de la ciudad sino en los barrios más pobres que es donde existe el mayor peligro de las enfermedades infectivas.

Todas las materias animales ó vegetales corrompidas deben ser removidas. Si se percibe algún mal olor, cúdese de hacer remover la causa de aquel. Cúdese de que sean bien barridas y que no quede basura ó acumulaciones nocivas en las callejuelas, canalones, etc. y de que los albañales estén en buen estado.

Si se cumplen todos los deberes fuera de la casa y si todo el mundo cree de su obligación apoyar á las autoridades sanitarias locales, llamando su atención á las condiciones insalubres, quedan aún necesidades domésticas á que atender y que son aún de mayor importancia. En primer lugar debe haber abundante ventilación, abundancia de aire puro y de luz del sol y ningún rincón ó agujero sucio. Los albañales requieren mucha atención y debe hacerse correr agua en ellos con frecuencia; una casa no puede ser salubre á menos de tener un sistema perfecto de desagüe, con todas las cañerías en buen estado. Si estas no estuviesen así, infórmese á las autoridades, é insístase en que las hagan componer. No se tolere ningún mal olor en los albañales, letrinas ó cañerías; no se permita que se arrojen aguas sucias, etc., sobre la tierra; las inmundicias que penetran en la tierra de los corrales y jardines, ó cerca de las paredes de las casas, no pueden removerse, de ellas brotan emanaciones que envenenan el aire que respiramos. Las aguas estancadas y los charcos de mal olor cerca de las casas deben ser removidos. Luego se tratará del agua y del gran peligro que resulta de su contaminación con el cólera.

Si se tomaran en todas las ciudades las medicinas sanitarias antes citadas, así como una buena higiene personal, habría poco que temer. Pero si no lo son y viene el cólera, ¿cuál será el resultado?

### XIII.—LOS DESINFECTANTES.

Si por desgracia viniera el cólera bueno es que todo el mundo conozca el empleo y la acción de los mejores desinfectantes. Si no se remueven los montones de inmundicias y desechos, estos deben ser desinfectados. Si hay letrinas etc., que despiden mal olor, éstas deben ser purificadas. *Todas las evacuaciones de los enfermos de cólera deben ser especial y estrictamente desinfectadas sin la menor excepción.* Entre los mejores desinfectantes para el uso general y que recomienda la Sociedad Americana de Sanidad Pública, está el siguiente:

Cloruro de Cal . . . . . 1 kilo.  
Agua . . . . . 20 litros.

Esto cuesta unos veinte centavos por barril y es de los más baratos así como de los mejores desinfectantes que se pueden usar. Obra con grande rapidez. Todas las materias vomitadas, así como las evacuaciones, deben ser perfectamente desinfectadas con esta disolución, y debe ponérsela igualmente y en grandes cantidades en las letrinas, en las caballerizas, montones de inmundicias, sótanos y en todos los lugares de donde pueden emanar malos olores.

Otro desinfectante más poderoso, pero que es algo peligroso para usarlo generalmente, es el siguiente:

Solimán. . . . . 1 onza.  
 Permangato de Potasa. . . 1 onza.  
 Agua . . . . . 40 litros.

Este puede usarse de la misma manera que el otro con la ventaja de que no tiene ningún olor. Para desinfectar treinta libras de materia acumulada en las letrinas, se necesita una libra de cal, mientras que una libra de solimán basta para desinfectar quinientas libras de materia. Pero ya se ha dicho que este último es un veneno activo y que por lo tanto se requiere mucha circunspección en su uso. El sulfato de hierro es también muy útil para arrestar la descomposición, pero su poder de destruir los gérmenes es muy limitado.

Hay tres medios eficaces para desinfectar la ropa: hervir los artículos durante media hora, someterlos á un calor seco de 80° C durante cuatro horas, y, lo que es mejor, someterlos á una temperatura de 180° C durante diez minutos. Una libra de sulfato de hierro con dos onzas de sal común en cinco litros de agua, forman también un buen desinfectante que puede usarse en la ropa antes de sacarla del cuarto y antes de hervirla.

Débase tener presente que no hay desinfectante mejor para el cuarto de dormir que la abundancia de aire fresco. Un cuarto ocupado no puede ser desinfectado artificialmente de una manera del todo satisfactoria. Cuando ha habido cólera ú otra enfermedad infectuosa ó contagiosa en un edificio, el único medio seguro es cerrarlo herméticamente y quemar azufre en él, en la proporción de tres libras para cada mil piés cúbicos de espacio, durante algunas horas. En seguida debe lavarse

bien, encalarse, etc., y dejarse enteramente abierto durante algunos días. También hay que tener presente que, según lo que dice la Sociedad Americana de Sanidad Pública, citada más arriba "un gran número de los llamados desinfectantes que se venden, son simples deodorantes de más ó menos valor, enteramente inútiles como desinfectantes." Estas son las palabras de la relación de la Sociedad.

Del valor de la cuarentena hay que decir. La cuarentena terrestre fué algo condenada por la famosa conferencia de Viena, que asevera que casi siempre ha resultado inútil. Solo debemos contar con nuestras defensas sanitarias: el aseo, la desinfección y la discreción personal. Sin embargo, la cuarentena posee un gran valor, ayudándonos á descubrir los primeros casos que se presentan, lo cual es de la mayor importancia para impedir una epidemia.

#### XIV.—LA HIGIENE PERSONAL.

Sobre la higiene personal hay mucho que decir, pero por falta de espacio seremos concisos. Durante el cólera debe evitarse todo exceso de fatiga. En la India ha sido demostrado que esto predispone en mucho á la enfermedad. La condición del estómago es importantísima. Al paso que es una cosa sabida que la enfermedad se adquiere por el estómago y no por los pulmones ó el contacto personal, muchas personas de estómagos sanos y fuertes han tragado con frecuencia impunemente el veneno del cólera. Los gérmenes en estos casos fueron destruidos por los ácidos del estómago. Para conservar el estómago en buen estado, no se debe comer ni beber con exceso; las frutas verdes ó pasadas deben evitarse. No deben comerse alimentos que no estén perfectamente cocidos, y en particular legumbres. El pescado añejo es malo, así como la carne viciada. No se debe beber agua que no haya sido previamente hervida, y esta debe conservarse en un receptáculo limpio y cubierto. La leche agria es mala para los niños, y la leche misma puede infectarse por diluirla con agua infectada y basta por ponerla en vasijas que hayan sido lavadas con esta agua. No se puede insistir demasiado sobre la importan-

cia de un abastecimiento de agua enteramente limpio. Los gérmenes del cólera solo pueden vivir donde hay humedad y no hay duda de que una gran porción de las personas que han tenido el cólera lo han adquirido con sus bebidas. En Calcutta el solo cambio del abastecimiento de agua de la ciudad disminuyó la mortandad de tal manera, que para cien personas que antes morían del cólera solo mueren ahora 33. Hervir el agua siempre es una protección, pero no es practicable ni posible para todo el mundo.

Se dice, que según las estadísticas europeas, la mayor parte de las muertes de cólera en las grandes ciudades ocurre siempre el lunes. Sin duda dos cosas conducen principalmente á esto: en primer lugar la población obrera comete los peores excesos en comer y beber los domingos, y en segundo, hay más visitas y reuniones de personas en este día que en otros. La moral de esto es: Guardaos de la intemperancia y de alimentos insalubres y no visitéis casas, durante una epidemia, donde sabéis que hay enfermos. Las más excelentes autoridades condenan la intemperancia alcohólica como que tiende á trastornar el estómago.

#### XV.—IMPORTANCIA DE LOS PRIMEROS SÍNTOMAS.

Si ocurre el menor desarreglo de los intestinos, por leve que sea, no perdáis tiempo en curarlo, pues es fácil dominarlo al principio. Todos los que tienen niños á su cuidado, deben recordar esto. Una de las glorias de la medicina americana es que, aunque hace sesenta años que se conoce el tratamiento del cólera por los ácidos, fué ella la primera que hizo prominente el gran valor del ácido sulfúrico como tratamiento preventivo del cólera. La relación al Congreso del Cirujano principal del Hospital de la marina sobre la epidemia del cólera en 1873 dice que: "Poseemos en los ácidos minerales un medio seguro de prevenir el cólera." Al mismo tiempo que dice la relación que el preventivo es tan digno de confianza, procede á demostrar que en casos de personas ya atacadas y tratadas con ácidos, la mortalidad es solamente de 8 por ciento, contra un mínimo de 23 por ciento en casos tratados

por otros medios. Ciertos experimentos hechos en Italia, y los del Dr. Koch lo confirman. Hay mucho que decir sobre la importancia de éste, así como de otros medios de tratar el cólera, pero en un artículo como éste no se pueden discutir teorías.

Como preventivo general una limonada de ácido sulfúrico diluido, usando la cantidad de ácido necesaria para dar el sabor agrio conveniente, ha resultado satisfactorio. Sin embargo no debe usarse de esto sinó cuando hay cólera, por ciertas razones médicas. Si viniere un ataque de diarrea cuando reina el cólera, y no hubiese un médico á la mano, pueden administrarse, cada tres horas, veinte gotas de ácido sulfúrico diluido y cinco gotas de tintura de opio (láudano) hasta que haya pasado el peligro ó hasta que pueda llamarse al médico. Este tratamiento ha tenido siempre buen éxito en Europa.

#### XVI.—INMUNIDAD DE LOS COBRISTAS.

De paso se mencionará la casi absoluta inmunidad de que gozaron en París los treinta mil artesanos ocupados en labrar el cobre y sus compuestos; esto puede atribuirse á la presencia del ácido sulfúrico en la atmósfera de los talleres, así como en la de las minas de cobre, donde se goza de la misma inmunidad. Se han abogado por médicos italianos y franceses algunos métodos que tienen el mismo principio por base, y que han tenido buenos resultados, pero que sólo pueden emplearse por médicos.

Para terminar se debe aconsejar al lector que no tenga fe ninguna en las medicinas de patente que tanto se anuncian. El cólera es un asunto demasiado grave para que se pueda jugar con él. Recuérdese que las leyes cardinales de la prevención son EL ASEO municipal y doméstico, UNA BUENA DIGESTIÓN Y ATENCIÓN A LOS PRIMEROS SÍNTOMAS DE LA ENFERMEDAD. Téngase presente que el momento para mejorar las condiciones sanitarias es antes de que se presente la epidemia, no después que está hecho el daño.

Si atendéis y seguís todos estos consejos que son el resultado de la experiencia, poco tendréis que temer del cólera si se presentase. Esperamos y deseamos que nunca seáis visitados por él.

Pero que se presente ó no el cólera, el aseo sanitario y la prevención son siempre buenos. Ninguna otra cosa nos arma tan bien como ellos para hacer frente á los azotes de las enfermedades que constantemente nos rodean y amenazan, pues en la medicina, como en todo lo demás, vale más precaverse que curarse.

#### XVII.—LA INOCULACION.

No deben pasarse por alto las experiencias que está haciendo el joven colega español Dr. Ferrán. Ojalá que pudiésemos adherirnos á sus opiniones de que se pueda inocular contra esta enfermedad. Creemos haber mostrado cómo un solo bacillus de cólera, tan chiquito que apenas puede percibirse por el microscopio más fuerte, es capaz de producir la enfermedad. Otra cosa no se ha probado aún, que un ataque de cólera no precave contra otros. Ahora bien, aunque diluido hasta el extremo, debe parecer peligroso la introducción de los bacilli en la sangre, como sucede por la inoculación de Ferrán, y segundo como no se sabe con qué frecuencia debe repetirse si es eficaz la inoculación. Por supuesto en estas palabras es posible que se haga una gran injusticia á Ferrán; no están escritas con tal deseo, pero aun es demasiado nueva la idea para poder aconsejar al público sobre el asunto. Antes de dejar esto, se debe mencionar que en vista de que el Dr. Ferrán conserva secreto su modo de cultivar su bacillus con el cual inocula, debo como médico aferrarme á los que le critican, pues el que hace un descubrimiento para bien de la humanidad doliente, debe considerarlo como un don prestado de Dios y no como medio para lucrar. No debe haber ningún secreto en el ejercicio de la profesión, pues donde hay secreto hay charlatanismo ó fuertísimas y bien fundadas sospechas de él.

\*  
\*  
\*

En conclusión repito que de veras siento que ninguno más habil que yo haya emprendido esta tarea, pero si por lo que he procurado decir he enseñado á los indulgentes lectores de "El Latino Americano," á impedir los estragos de esta enfermedad: preveer que no llegue

á los bellos países donde he pasado tantos años felices, donde tengo mis más caros amigos y donde siempre se me han brindado tantas bondades, sin méritos de mi parte; si por consecuencia de lo que he escrito se salvara solo una vida, la del ser más insignificante, en todas las regiones donde graciosamente se mece la palma y murmuran los arroyos celestes melodías, mi trabajo no habrá carecido de objeto.

(Tomado del "Latino Americano.")

#### Los festejos del Centenario en Madrid.

Inauguráronse el día 12, á las ocho de la mañana, saliendo de sus acuartelamientos las veinte y siete bandas de música y de trompetas de los cuerpos de la guarnición, y además las del Hospicio y Asilo de San Bernardino que tocaron alegres dianas por las calles y plazas del itinerario previamente señalado para cada una.

A las once del mismo histórico 12 de octubre se formó en la calle de San Bernardo la imponente y por muchos conceptos simpática manifestación escolar, cuyo objeto era depositar coronas, en homenaje de agradecimiento y respeto, ante los monumentos de Cristóbal Colón y la Reina Católica.

Rompía la marcha una sección de Guardia Civil de caballería, siguiendo el batallón de guardias jóvenes, con bandera y músicas; iban después los alumnos de los institutos del Cardenal Cisneros y de San Isidro y los de setenta y cuatro colegios incorporados á dichos establecimientos, así como los de los institutos de Segovia y Cuenca, los de las escuelas Pías de Madrid y los del Colegio de Huérfanos de la Guerra, todos acompañados de sus respectivos profesores, bajo la presidencia de los señores Commelerán y Ceruelo, y precedidos de estandartes y banderas; los

alumnos y catedráticos de la Escuela Normal Central de maestros, con estandarte azul, y los de la Escuela de Guadalajara, con otro lindo estandarte; los de la Escuela Nacional de música y declamación, con hermoso estandarte que conducían dos pajes, muy bien vestidos; los de la Escuela superior de pintura, escultura y grabado, con precioso estandarte de seda color de rosa, y los representantes del Ateneo Escolar de Badajoz; con estandarte de color rojo y un retrato de Colón; los de la Escuela Superior de Comercio, Escuela Superior de Diplomacia y Escuela Superior de Veterinaria, con estandarte, respectivamente, de terciopelo azul, de seda roja y de tela encarnada, amarilla y negra; los del Colegio de sordomudos y ciegos; los de las escuelas de artes y oficios, con bandera de los colores nacionales, y numerosa y distinguida representación de las academias militar de Toledo, de caballería de Valladolid, de artillería de Segovia y de ingenieros de Guadalajara, cerrando la marcha de esta primera parte de la comitiva una compañía del Colegio de Huérfanos de María Cristina, de Aranjuez, con bandera y músicas.

Marchaban á continuación dos pajes vestidos con dalmáticas, que llevaban en ancha bandeja el tambor y los clarines que se usaron en la Universidad de Salamanca, en las ceremonias de la toma de grado mayor, hasta fines del siglo pasado; los maceros de la misma Universidad, con sus largos ropones y pesadas mazas, precediendo á cuatro estudiantes de Derecho, Medicina, Ciencias y Letras, vestidos con manto y tricornio y llevando estandartes de los colores de aquellas facultades; á la derecha iban estudiantes de la Universidad de París, con estandarte tricolor, y otra de las universidades belgas,

también con estandarte, mientras á la izquierda marchaban los de la Universidad de Coimbra, con manteo y sotana, y detrás seguían representantes de las universidades y colegios mayores de todas las repúblicas hispano-americanas, con banderas, estandartes y distintivos de sus respectivas nacionalidades; marchaban luego tres estudiantes salmanticenses, llevando el estandarte blanco de la Academia de Santo Tomás de Aquino, la bandera morada, con escudo pontificio, de la Universidad y la bandera especial de la misma Universidad, cerrando la marcha los representantes del Claustro de profesores, presididos por el sabio decano de la Facultad de Derecho.

Este vistoso grupo de la comitiva escolar cautivaba la atención de la muchedumbre que presenció el desfile, y que le saludaba con aclamaciones y nutridos aplausos.

La última sección de la comitiva estaba formada por alumnos y catedráticos del Seminario Conciliar de Madrid, precedido de estandarte blanco, estudiantina escolar madrileña que tocaba escogidas marchas; directorio escolar madrileño, con bandera de los colores nacionales, y con estandarte blanco bordado en oro y plata, que tenía en sus cuarteles el escudo de Madrid, un globo terráqueo, dos anclas y la nao *Santa María*; alumnos y catedráticos de las universidades de Valencia, Santiago, Sevilla, Oviedo y Granada, con sus respectivos estandartes; alumnos de la Universidad Central, en número de tres mil, agrupados detrás de los estandartes de las facultades de Ciencias, Derecho, Medicina, Filosofía, Letras y Farmacia; carruajes que conducían las coronas destinadas á los monumentos de Colón y de Isabel la Católica; otro carruaje llevando el estandarte del Cardenal Jiménez de Cisneros, cus-

todiado por dos estudiantes, y al cual se tributaron honores reales al salir de la Universidad y á su llegada á los mencionados monumentos; Claustro de profesores de todas las facultades de la Universidad Central, con los maceros, maestros de ceremonia y pajes; presidencia, en fin, de la gran manifestación, en la que formaban el venerable Rector don Miguel Colmeiro, el Alcalde de Madrid, el señor General Echagüe, los catedráticos señores Sánchez Moguel, Herrero y Alvarez del Manzano, y los concejales del Ayuntamiento madrileño, cerrando la marcha una gran sección de carabineros jóvenes, y un coche de la real casa.

La numerosa comitiva siguió por la plaza y cuesta de Santo Domingo, plaza de Isabel Segunda, calle del Arenal, Puerta del Sol, calle de Alcalá y paseo de Recoletos; las coronas fueron depositadas en los monumentos, el homenaje resultó imponente y grandioso, formando en dos largas filas todos los portestandartes y porta-banderas, y rindiendo las insignias ante Colón é Isabel la Católica; por último el desfile se efectuó con gran pompa y muchísimo orden, y sin que el más leve incidente perturbase la brillantez del acto.

Los millares de extranjeros, que han visitado Madrid, están muy satisfechos de ésta como de las fiestas pasadas, y hemos oído afirmar á muchos de ellos, que jamás han presenciado un espectáculo tan brillante é imponente como el de la gran manifestación escolar del doce.

*Eusebio Martínez de Velasco.*

#### TRAS LOS MONTES.

¡Pobre alma! golondrina que no tiene más nido que tu amor, dulce bien mio

pájaro errante que á buscarte viene empapadas las alas de rocío.

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva: hierven las aguas del arroyo inquieto y extienden las espinas en la selva sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece, duermen las flores y las fresas rojas, y á veces la luciérnaga parece una lagrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo, rosan sus alas la campiña muda: y negra nube atravesando el cielo como gigante vívora se anuda:

¡Ay! qué negra es la noche de la vida! Que largo este camino! Casi muerta el ave de mi alma entumecida ha caído sin fuerzas en la puerta!

El bosque oscuro atravesar no quiere, ya no puede volar á la montaña; la lluvia moja su plumaje, y muere sin sentir el calor de la cabaña.

Abrele, que en sus alas han caído las hojas, secas yá, de sus amores. todas las tempestades del olvido, y la lluvia de todos los dolores.

M. GUTIERREZ NAJERA.

#### EL NATURALISMO Y ZOLA.

De una correspondencia dirigida de Madrid por Emilio Castelar, á *El Monitor Republicano*, de México, son los siguientes conceptos:

“Tengo sobre la mesa el reciente libro de Zola (*La Débâcle*), y no hago más que hojearlo. Muy apreciador del relieve puesto por la grande plástica de su estilo á todo cuanto Zola escribe, no puedo conformarme con su doctrina y su manera empeñadas en poner aquellos términos de ascensión sobre la realidad, que se llaman el arte y las letras, por bajo de la realidad misma. Estoy tan de malas con la escuela realista en literatura, como con la escuela positivista en filo-

sosia, como con la escuela utilitaria en moral, como con la escuela socialista en política. Comprendo el mérito de un escritor dotado con tal plasticismo, que pone de bulto á vuestros ojos aquello que quiere escribir con pluma semejante á cincel: pero abomino de una escuela que gusta de lo vulgar y de lo bajo. Yo no rechazo el realismo por sus pecados eróticos: los cometen las letras clásicas y se leen todos ellos con placer espiritual, psíquico; los comete Tirso y no chocan; yo rechazo el realismo por sucio: ¿Volveríais á una casa en la cual os llevarán los dueños en vuestras visitas, no á la biblioteca, no al estrado, al número ciento?

Yo creo haber pintado los defectos capitales de semejante doctrina literaria, diciendo cuán bien parece un árbol que convierte los estiércoles de sus raíces en resinas y en aromas, y en flores y en mieles, y cuán mal me parecería un árbol que convirtiera las resinas, y los aromas, y las flores, y mieles de sus ramas en estiércol. Creo al arte tan obligado con la verdad, en todo lo real, como á la ciencia. Los jardines de Armida, con sus alamedas formadas, no por troncos, por cuerpos, me disgustan: las alamedas deben ser alamedas, y creo esa alameda tan fea como tonta, cual todo aquello que pugna con lo enteramente verdadero. No me disgusta la carencia de ideal en la escuela realista semejante á perdurable noche sin estrellas.

Conozco yo á maestros en la doctrina iniciados, los cuales por su naturaleza genial propia merecen título de verdaderos escritores, pues rayan donde Zola en materia de frase gráfica. Y con todo este talento, muy revelado en sus obras, al acordarse de que son realistas, ponen á describir una dulcera llena de moscas en lugar de confituras, y unos bañistas erutando en sus

paseos el carbono de las aguas que toman en sus curas.

Cierto día llegué yo á ciudad tan interesante como Vergara, y me fui á la visita de obligación en todo reudido amador, cual yo, de los bellas artes, á ver el Cristo de Montañés. Examinad aquel portento de humano cuerpo. En todo cuanto hay en nosotros de animal, en el esqueleto, la verdad está reproducida con una exactitud implacable; pero, en cuanto ha de habérselas con lo espiritual, con la expresión, con el alma, con todo aquello que parte del cerebro mismo, con el pensamiento, estalla la fulguración de un ideal que bien podemos calificar de sobrehumano, por lo divino. Hasta los sistemas, que no encuentran punto fijo ninguno en el Universo, y lo creen arrastrado por el curso de un perdurable movimiento, especie de río sin fondo y sin ribera y sin fuente y sin desagüe, admitiendo como no pueden menos de admitir la evolución universal y encadenando los términos de ésta unos con otros, llaman al arte y á la ciencia hiperorgánicas del gran todo cósmico. No debemos admitir, pues, la estética de Zola por contraria en su idolatría de la verdad, á la verdad misma, y sí admirar cuantas obras tuyas sean admirables; como no debemos admitir los principios materialistas y ateos del gran poeta romano Lucrecio, sin dejar por ello de poner sobre nuestras cabezas, en culto y veneración sin tasa ninguna, su maravillosísimo poema.

La novela reciente tiene por objeto la última guerra europea, y se llama *La Débâcle*. En la grande afición de nuestros editores á traducir los libros franceses más mediocres y publicarlos en versiones vulgares é incorrectas, no me sorprende que un gran maestro como Zola, vaya impreso ya en lengua española por esos mundos de Dios;

y me sorprende mucho menos todavía que nadie haya podido dar con el título castellano correspondiente al título francés. Así, huyendo yo de los calores hoy reinantes, y anheloso por el airecillo que mueve la carretera de un tranvía, subí este anochecer al vehículo abierto que pasa en un dos por tres ante mi puerta, y vi sobre un banco el volumen de Zola, editado en Bilbao.

Tomélo con el ciego impulso que me arrastra en mis devociones literarias á coger los libros, y vi cómo habían dejado el título en francés. Aunque la Real Academia Española no admite y registra el "Boulevard," estamos en la obligación de usarlo todos cuantos creemos imposible ahora escribir sin ciertas palabras desconocidas de nuestros padres, como es imposible comprar y vender sin ciertos valores convencionales antes ignorados; y debemos así observar, en virtud y por obra de tales motivos, cómo en este nuestro Boulevard Serrano aparecía el célebre libro con el mismo nombre de pila que lleva en el Boulevard Montmartre. Y han hecho bien los traductores, pues nada muestra cómo se nutren las lenguas del medio circunstante, y se corresponden con la naturaleza y condiciones del clima y del suelo donde por hábito resuenan, como la falta en el Mediodía de una palabra correlativa y correspondiente con la palabra francesa *Débacle*.

Deshielo es la primera acepción. Pero ese deshielo español, tan dulce y melodioso en los versos de Garcilaso y Meléndez, producido por el aromado Favonio de la primavera encantadora sobre las manchas de nieves desparramadas por las cumbres de nuestros montes parecidos á celestiales pirámides compuestas por peñascos lapizlázuli ó de coral rosa ó de violáceas amatistas, no puede compararse con el deshielo alpestre de Suiza y de Francia en

que montañas titánicas de hielo perdurables, envueltas en espesísimas negras borlas, un día siniestro se desgajan en aludes tonantes con fragoroso estruendo parecido al desquicio de la tierra, rodando en moles enormes que todo lo devastan con su asoladora pesadumbre, difunden y esparcen por todas partes la desolación y la muerte.

*Débacle* no puede traducirse por los deshielos melodiosos y suaves de la granadina Sierra Nevada ó del Puerto erguido en las líneas del Norte de nuestro caloroso Madrid. Y me detengo en la palabra del título tanto y con ella me regodeo, por una razón muy sencilla, por no encontrar argumento tan fuerte contra la escuela prosaica y realista como esta metáfora zolesca, cuando la veo maldecir en las imágenes románticas y vejar con el apodo de falacias, las maravillosas traslaciones de sentido usadas por Víctor Hugo y por José Zorrilla en sus sublimos versos componentes de una epopeya ciclópea.

Quien para darnos idea de la irrupción estraña con todos sus estragos y desastres; para decirnos cómo han quedado yermos los campos y ardidas las aldeas y bajado los buitres y caído millares de cadáveres sin sepulturas posibles sobre la tierra fecunda y epidemiándose los aires con miasmas exterminadores y contrarios á sus combustiones de vida, y roto las plagas todas por doquier en torbellinos de miserias y en diluvios de lágrimas y sangre, atormentando más á los supervivientes vulnerados en sus familias extintas que á los moribundos redimidos por el último espasmo y el último estertor de su agonía; quien para darnos idea de todo esto tiene que apelar á un deshielo en los Alpes, á un derrumbamiento asolador, á un alud terrible, á un huracán henchido de nieve, á un terremoto causado por

los desplomes titánicos, bien puede asegurarse que ha desmentido toda su doctrina y se ha entrado como Pedro por su casa en los más dispares y más violentos y más románticos tropos. La realidad sirve para mucho: para desmentir con su lógica el arbitrario sofisteo de las supersticiones convencionales.”

## FLORES Y NUBES

BALADA

—Di, madre, ¿por qué la flor, hoy tan fragante y lozana, habrá de perder mañana su perfume y su color?

—Hija, porque en este mundo de apariencias, inconstante, todo pasa en un instante. Nada es firme ni profundo.

—Y esas nubes matizadas de púrpura y de topacio, que cruzan por el espacio como de un ángel llevadas:

—¿Por que, madre, su hermosura se trueca en sombras de duelo que cubren de luto el cielo y el corazón de tristura?

—¡Tal es, hija de mi amor, la ley que al mundo domina: tras de la rosa, la espinas, tras de la dicha, el dolor!

—¿Y el amor, madre, ese bien del corazón que suspira, también será una mentira...?  
—Quimera el amor también!

—Es ensueño de una hora, esperanza de un instante, visión hermosa y brillante que al tocarla se evapora.

Que esas pasiones que nacen dentro del pecho y lo agitan, son flores que se marchitan, son nubes que se deshacen.

—Mas, ay! si todo es falsía en torno de la existencia,

en qué ha de tener creencia mi corazón, madre mía?

—En Dios que no engaña nunca, y en tu madre que te quiere: ese es amor que no muere, que el desengaño no trunca:

Flor que eternamente crece en los jardines del alma, nube de bonanza y calma que el viento no desvanece.

Porque en ese amor se encierra toda verdad y consuelo..... no hay más que Dios en el cielo, y amor de madre en la tierra.

J. A. PÉREZ BONALDE.

## PENSAMIENTOS.

—Las relaciones entre los pobres y los ricos, llegan á la intimidad pasando por la humillación.

—Compara, y serás feliz.

—Mujer: haz de tu marido un esclavo, obedeciéndole.

—La mitad de la dicha doméstica está cifrada en el amor; la otra mitad, en el aseo y en el orden.

—En los escritores, la honradez suplente á veces al talento

—El espíritu de partido vuelve necios aun á los grandes hombres.

—Victor Hugo, al dar audiencia á los reyes, fundó la monarquía absoluta de la Literatura.

## SINFONIA.

Á JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

¡Salve! oh diosa vibrante y pura!  
¡Salve, ¡oh primavera! Tú, la que traes la alegría y ahuyentas la negra tristeza, la tristeza color de abismo que nos trae el invierno cruel!

¡Salve!.....¡Salve!.....

El follaje murmura, con ese murmurar melancólico que semeja algo así como un fragmento de un himno salvaje; algo como un nocturno de Chopin ó armonías de Wergner.

Se despeña la cascada en torrentes de perlas nítidas, y el arroyuelo de aguas de cristal que suavemente se desliza entre las flores silvestres, canta sus estrofas inimitables.

Hay en los áureos picos de las aves mucha música; mucha música alegre como un gorrioncito; mucha música triste como un lamento; pálida como el rostro de un anémico.

La corola entreabierta de las flores guarda mucho rocío. Y el cielo está muy azul, vibrante, todo lleno de sol, y en el aire cargado de aromas resuena la carcajada fresca y rústica de la bella campesinita.

¡Salve, ¡oh diosa vibrante y pura!  
¡Salve, oh primavera!  
¡Salve!.....¡Salve!...

ARTURO AMBROJI.

San Salvador, 1892

---

### MISCELÁNEA.

---

**Juan Antonio Pérez Bonalde.**—Las letras americanas están de duelo. El tierno poeta de los *Ritmos*, el inspirado traductor de Heine y de Poe, el venezolano **Pérez Bonalde** ha muerto en La Guaira. Prestó importantes servicios á nuestra patria, desempeñando, por algun tiempo, el empleo de Cónsul general de la República en Nueva York.

“La Juventud Salvadoreña” lamenta la irreparable pérdida que, con el fallecimiento de tan ilustre vate, ha sufrido la literatura hispano-americana.

“**María.**”—El tierno idilio de Isaac ha sido traducido al inglés en Norte America. Según dice el librero Mc. Clurg se han vendido ya más de *diez mil* ejemplares. “**María**” está en boga en Chicago.

Dice un corresponsal que en dicha ciudad ha visto en casa de un amigo seis ejemplares, uno para cada miembro de la familia.

**La casa editora**, “El Ramo de Olivo” de Matamoros (México), nos ha remitido los siguientes libros y folletos, todos muy bien impresos y algunos con ilustraciones de mucho gusto.

#### LIBROS:

Héroes de la Biblia,  
Vida de Esteban de Grelet  
Memorias de Guillermo Penn,  
Los actos de los Apóstoles,  
Emblemas Religiosos,  
Los Evangelios Sinópticos,  
Valiente por la Verdad.

#### FOLLETOS:

Libro Primero,  
Geografía Universal,  
Silabario Ilustrado,  
Cartilla Ilustrada,  
Libro tercero de Lectura,  
La Luz del Pueblo,  
Geografía Infantil.

En el próximo número de este periodico, hablaremos detenidamente de dichas obras. Entre tanto, damos á la casa “El Ramo de Olivo” las más sinceras gracias por su importante obsequio.

**Se suplica** á los señores agentes de “La Juventud Salvadoreña,” que en el término de dos meses contados desde esta fecha, se sirvan remitir los fondos que hayan recaudado, pues de lo contrario no se les remitirá el periódico.

San Salvador, diciembre 31 de 1892.

José M<sup>a</sup> Gomar, Administrador.